

Universidad de Chile
Instituto de la Comunicación e Imagen
Escuela de Periodismo

Tesis para optar al título de Periodista

Reportaje:

Antuco, ¿héroes de qué?
La trágica marcha de errores del Ejército chileno

Nombre: Marcela Andrés Alarcón
Profesor Guía: Juan Pablo Cárdenas
Año: Abril de 2009

*Dedicada a todos
los que debieron vivir
el dolor de Antuco*

Agradecimientos

A mis, padres, por su insistente apoyo. A Gonzalo, por atreverse a acompañarme en el viaje de regreso a Antuco y ser parte de la construcción de este relato. A Don Sofanor Navarrete y a Angélica Monares, por abrir las puertas de sus casas y escuchar mis preguntas durante tres años. Y a todos los amigos que una tarde de domingo, a tres años de la tragedia, se emocionaron al oír nuevamente esta historia. Me demostraron que era necesario dejar registro de ella.

Índice

I. Los dos centímetros de Cristián	Página 6
<i>-Héroes de Antuco</i>	
II. ¡El mayor dio la orden!	Página 22
<i>-Carta desde el sepulcro</i>	
III. El velorio del rancho	Página 31
<i>-Precaución no es cobardía</i>	
IV. El procesamiento	Página 34
<i>- Un fusil y dos cascos</i>	
V. El regreso de Silverio	Página 47
<i>-Nombres en piedra</i>	
VI. Los militares que intentaron hacer lo correcto	Página 50
<i>- Las primeras animitas</i>	
VII. El largo viaje a Santiago	Página 55
<i>- La renuncia del general</i>	
VIII. Los secretos del expediente	Página 64
<i>- Volcán Antuko</i>	
IX. Las confesiones del coronel	Página 80
<i>- Las madres de Antuco</i>	
X. Los celos de la montaña	Página 88
<i>-La plaza del recuerdo</i>	

XI. La historia de Abelino	Página 99
- <i>Antuco en un sueño</i>	
XII. La lucha de Angélica	Página 106
- <i>Viento Blanco</i>	
XIII. El último llanto de Sofanor	Página 115
- <i>El duelo del padre</i>	
XIV. Las lecciones de Antuco	Página 120
- <i>Lista de soldados</i>	
Fuentes de la investigación	Página 124

I. Los dos centímetros de Cristián

Durante 48 días, a Cristián Vallejos Vallejos lo conocieron como “El Munilque”. Ese había sido el mejor apodo que sus compañeros de la Compañía de Morteros, en el Regimiento Reforzado de Infantería N° 17 “Los Ángeles”, habían logrado idear para él. Y la búsqueda no había sido fácil ni antojadiza.

El año 2005 fueron 369 los muchachos que ingresaron al regimiento para hacer su Servicio Militar Obligatorio¹ y sólo en la lista de la Compañía de Morteros –una de las cinco que componían la unidad– el nombre Cristián se repetía seis veces. Instintivamente, y con humor, los jóvenes reclutas se encargaron de encontrar apodos para diferenciar a sus compañeros mientras vistieran el uniforme verde. A algunos simplemente los llamaron por el apellido, como a Víctor Aqueveque, mientras que a Guillermo Foncea le respetaron el apelativo que se había ganado en su grupo scout: “Wuillo”. A Cristián Vallejos Vallejos lo bautizaron como Munilque porque era el único muchacho de 18 años que llegó a la compañía desde la pequeña y casi perdida localidad de Munilque, a unos 36 kilómetros de la ciudad de Los Ángeles, en la Octava Región.

Vallejos asimiló rápidamente su nuevo apodo e incluso se lo contó como todo un logro a su tío Sofanor Navarrete, un hombre de campo, canoso, que lo había criado como a

¹ El Servicio Militar se rige por el decreto ley N° 2.306. Es definido como la incorporación de un ciudadano a las filas del Ejército, Armada o Fuerza Aérea por un periodo determinado, para obtener un entrenamiento básico como soldado o marinero, quedando en condiciones de participar activamente en la defensa nacional, si el país lo requiere. En 2005 esta práctica era de carácter obligatoria para los hombres entre 17 y 24 años, y voluntaria para las mujeres.

un hijo y que orgulloso solía recordarle a su sobrino que él también había hecho su Servicio Militar en el regimiento de Los Ángeles, en 1956.

Empeinado en convertir a Cristián en uno de los mejores de su promoción, Sofanor se había esmerado en transmitirle a su sobrino todo lo que recordaba haber aprendido en el mundo militar. Navarrete se negaba a la idea de que el muchacho terminara trabajando en el campo por obligación. Al igual que la mayoría de los padres de la zona, veía en el Servicio Militar una posibilidad para sus hijos de aspirar a ser algo más en la vida. De hecho, casi todos los conscriptos llegaron voluntariamente al cantón de reclutamiento, sin buscar excusas para eximirse y con la intención de seguir después del servicio una carrera militar. Además, al menos en teoría, el Ejército estaba tratando de dejar atrás el historial de denuncias por conscriptos maltratados: el nuevo plan prometía incentivar a los muchachos con modernos cursos de computación y ayuda para nivelar los estudios de los soldados que no habían podido terminarlos.

Pero poco alcanzó el Munilque a usar su nuevo apodo. El muchacho que llegó a su primer día en el regimiento el 4 de abril de 2005, que el 29 de ese mismo mes recibió su fusil y que el 5 de mayo subió a su primera campaña militar en los faldeos del volcán Antuco, dejó enterrados sus dos nombres en la cordillera el miércoles 18 de mayo.

Sofanor Navarrete se enteró lentamente de lo que ese día ocurrió. Como era su rutina, trabajó desde temprano en el campo, pero cuando miró hacia el cielo prefirió detener sus labores. Las nubes y el viento daban luces de que la lluvia estaba por llegar.

Sofanor se guareció bajo un techo y el estruendoso aguacero que comenzó a caer confirmó su percepción. Cuando ya regresaba a casa, una llamada a su teléfono celular le inquietó. “¿Ha sabido algo del Cristián?”, le preguntó su nuera. Sofanor contestó que no. La mujer no dijo más y cortó la comunicación.

Al llegar a su hogar las palabras que escuchó desde la radio le aclararon a Navarrete el motivo del extraño diálogo telefónico. Eran pasadas las cinco de la tarde y el locutor anunciaba que los conscriptos del regimiento tenían problemas en la cordillera, que una tormenta de nieve había caído en los faldeos del volcán Antuco y que los soldados se habían perdido.

Sofanor, que conocía la zona, prefirió escuchar la noticia con calma y le dijo a su mujer que no se preocupara. “Si el Cristián alcanzó a llegar al sector del Valle de la Luna, encontrará dónde protegerse”, le aseguró.

Pero las horas pasaron y las noticias se fueron volviendo más confusas. Sofanor terminó buscando respuestas en el regimiento, junto a su mujer y a su hermana, la madre del Munilque. No eran los únicos. Decenas de desesperados familiares de los 369 conscriptos también habían llegado a exigir noticias y los militares les habían hecho pasar hasta el gimnasio de la unidad, mientras la lluvia no dejaba de caer en Los Ángeles y el relato del locutor radial se tornaba aún más desesperado.

“Dicen que hay cinco muertos y que los cuerpos fueron escondidos en las caballerizas del regimiento”, anunciaba cerca de las 19 horas el corresponsal de Radio Bío Bío,

mientras la noticia de una posible tragedia se extendía a todo el país.

Especialistas en montaña entrevistados en los programas de televisión recalcaban que sólo si los muchachos contaban con el equipo para alta cordillera y se enterraban en la nieve tenían posibilidades de sobrevivir al temido “viento blanco”, un fenómeno que se caracteriza porque la acción del viento convierte a la nieve en polvo. La mezcla impide la visibilidad, desorienta a los excursionistas y los congela lentamente. En los noticiarios, los meteorólogos estimaron que la velocidad del viento en la zona de 1.360 metros de altura alcanzaba los 60 kilómetros por hora.

De los padres que acudieron al regimiento, sólo pudieron retirarse algo más tranquilos los familiares de 172 soldados de las compañías de Plana Mayor y Logística y de Cazadores. Los instructores de estos grupos habían adelantado la marcha de regreso desde el refugio Mariscal Alcázar para la tarde del 17 de mayo, y aunque la ruta de 24 kilómetros había sido difícil, lograron llegar al refugio La Cortina y descender a la ciudad en camiones al día siguiente.

Los muchachos de estas compañías y parte del contingente femenino –ese año por primera vez el regimiento había permitido el ingreso de 22 mujeres– sufrieron síntomas de hipotermia, pero lograron sobrevivir a la marcha sobre el terreno nevado sin bajas y llegaron al regimiento a las 15 horas del 18 de mayo, con 33 soldados lesionados.

El personal extraviado correspondía a las compañías de Morteros y Andina. El primer contingente había salido a marchar a las cinco de la mañana y el segundo debía hacerlo

a las ocho. Otras dos compañías se habían quedado en el refugio Mariscal Alcázar, ante el ya manifiesto temporal en la montaña.

A las seis de la tarde de ese 18 de mayo, el Ejército confirmó a través de un comunicado que ya no sólo podía hablarse de soldados perdidos. Era oficial que cinco conscriptos habían muerto congelados en medio de la tormenta de viento blanco y que al menos otros 28 estaban desaparecidos. No había listas, no había nombres, no se había podido reconocer a los soldados muertos.

En Los Ángeles los vecinos prendieron velas en las puertas de sus casas, en señal de vigilia. De algún u otro modo, todos temían que un amigo, vecino o conocido se hubiese extraviado en la tragedia.

Lo que vino no fue fácil para Sofanor y el resto de los familiares que se quedaron a pasar la noche en el gimnasio, sin tener certeza alguna sobre el destino de los muchachos. Las cifras seguían variando y en los informes oficiales no aparecían listas precisas con los nombres de quiénes estaban en la marcha.

Las escasas novedades que entregaba el Ejército tampoco eran alentadoras. El general Rodolfo González, jefe de la Tercera División, informó en una conferencia de prensa que no había comunicación radial con los mandos en la montaña y que el viento blanco “es tan inclemente que incluso impide verse las manos u oír a los compañeros, provocando que la gente se extravíe”.

González también insistía en que el episodio meteorológico era completamente inusual para esa época del año y que “no hubo negligencia por parte del Ejército, por cuanto esta tragedia se produjo por un sorpresivo fenómeno climático”. Al rescate salieron 400 soldados.

Recién la mañana del 19 de mayo el Ejército confirmó que 112 soldados habían quedado aislados en el refugio Mariscal Alcázar. Esos eran los que, con certeza, estaban a salvo. En la lista no estaba el nombre de Cristián Vallejos Vallejos. Los desaparecidos sumaban 97.

A esas alturas las esperanzas las daban los jóvenes de la Compañía de Plana Mayor y Logística, que al reencontrarse con sus padres narraron cómo habían logrado sobrevivir. “Caminábamos amarrados, con una mano en la mochila del compañero que iba adelante. Los instructores nos daban ánimo para que siguiéramos. Nos decían que faltaba poco y que siguiéramos caminando”, contó el soldado Hugo Rojas, en una entrevista al diario Las Últimas Noticias.

El comandante en jefe del Ejército, Juan Emilio Cheyre, tuvo que viajar desde Santiago a Los Ángeles a asumir el mando de la crisis. Por la tarde enfrentó a la prensa y, para ejemplificar, dijo que los soldados se habían encontrado ante un verdadero “tsunami de nieve”. Pero aseguró, con cierto optimismo, que lo que se solía hacer en estos casos era agrupar a las compañías, acampar y esperar a que pasara el temporal. “Yo no quiero crear falsas esperanzas, no son poco frecuentes estas situaciones, pero a mí una unidad (perdida) me da más esperanza que soldados dispersos”, dijo Cheyre.

La ilusión de encontrar con vida a los conscriptos perdidos, sin embargo, comenzó a menguar. Cuando Cheyre tuvo que explicar si los soldados llevaban indumentaria adecuada, la respuesta fue incierta. En sus primeros comunicados el Ejército aseguró que los conscriptos contaban con tenidas especiales para la nieve, pero familiares de los muchachos denunciaron que no era cierto y reclamaron que sus hijos se habían quedado con las boletas para retirar el uniforme en la mano.

En definitiva, no había seguridad de que portaran las tenidas Gore-Tex², idóneas para soportar bajas temperaturas. La posibilidad de que los jóvenes sólo vistieran el uniforme básico de algodón destruía cualquier esperanza de que hubiesen resistido la tormenta.

Con las horas, las cifras variaron y, aunque no cuadraban los números, llegó un anuncio alentador. La tarde del 19 de mayo, camiones militares descendieron de Antuco con 17 hombres rescatados desde el refugio La Cortina y otros 50 que habían sido hallados a siete kilómetros de aquel lugar, en un refugio abandonado propiedad de la Universidad de Concepción. En el camión también llegó el primer cadáver, y el número de desaparecidos fue establecido en 65.

Ya con los soldados en Los Ángeles, los dichos del Ejército cambiaron. El viernes 20, Cheyre, quien se había trasladado a Antuco, contó que él mismo había vestido con sus propias ropas al primer soldado muerto en la tragedia, lloró en público y declaró que

² Tejido impermeable, diseñado para resistir al agua y al viento. Es utilizado en vestimentas para equipos de montaña, ya que también permite liberar la transpiración.

“la marcha jamás debió realizarse”. De inmediato relevó del mando a la plana mayor del regimiento, partiendo por su comandante, el coronel Roberto Mercado, por “falta de criterio y capacidad profesional”.

Era un hecho que el 16 de mayo, dos días antes de la ya trágica marcha, la Oficina Nacional de Emergencias, Onemi, había decretado una “alerta amarilla” para advertir la llegada de un fuerte temporal y por ello se había ordenado el cierre de los puertos y de los pasos fronterizos. No era entendible entonces que se instruyeran actividades de montaña en tales circunstancias.

Los familiares de los desaparecidos estaban desesperados. La tormenta no menguaba, las tareas de rescate eran lentas, y un grupo de padres intentó subir a pie hasta la cordillera, para buscar en medio de la nieve a los jóvenes perdidos.

Las madres que esperaban en el regimiento también perdieron la calma cuando el comandante de la Tercera División, Rodolfo González, llegó y ofreció una conferencia de prensa con escasas novedades. Las mujeres lo golpearon cuando intentaba dar un informe oficial y el general terminó huyendo de las angustiadas madres que a gritos le exigían noticias. En la persecución terminaron quebrados los vidrios de la última puerta que cruzó el militar.

Una de las pocas familias que tuvo buenas noticias ese viernes fue la del soldado Luis Hernández. El muchacho llegó con vida, junto al capitán Claudio Gutiérrez y a tres de sus hombres. “No tomamos la real dimensión hasta que nos encontramos con cinco

soldados. Había uno fallecido y cuatro con hipotermia grave, con todos los síntomas de una muerte segura”, contó Gutiérrez ese mismo día, en entrevista con Canal 13. El oficial fue catalogado como un héroe cuando se supo que había sobrevivido a la tormenta, que rescató a un soldado y que, luego de un breve descanso, regresó a la nieve a buscar al resto de los desaparecidos.

En esas horas de angustia, Sofanor Navarrete reconoció entre los militares que habían logrado bajar de la montaña al cabo que estaba a cargo de la escuadra de Cristián. Ya había hablado con el instructor el día de la ceremonia de entrega del fusil, cuando preguntó por los progresos de su sobrino. En ese primer diálogo, Navarrete se había alegrado al enterarse que su Cristián era la mano derecha del jefe de la escuadra.

Aquella noche, en el gimnasio, el tío del Munilque decidió encarar al militar. “Quiero hablar con usted de hombre a hombre, que deje de lado su cargo militar, porque yo quiero saber la verdad de lo que pasó, para preparar a mi hermana y a mi mujer”, le espetó Sofanor. La respuesta que Navarrete recibió fue dolorosa. “Cuando miré para atrás el Cristián ya no venía”, le dijo el hombre que debía estar a cargo del Munilque.

Minutos más tarde, el presidente Ricardo Lagos habló por cadena nacional y entregó una cifra que enterró las esperanzas de los familiares: las patrullas de rescate habían encontrado 13 cadáveres.

Tras el caos de las primeras horas, el número de 45 se hizo oficial. Esa era la cantidad de víctimas del primer ejercicio militar del Regimiento Reforzado N° 17 “Los

Ángeles” el año 2005. La peor tragedia militar del Ejército de Chile en tiempos de paz.

De los muertos, 44 eran jóvenes conscriptos. El número 45 era un sargento segundo, el único uniformado de planta que murió en la cordillera. Como Sofanor había previsto, Cristián Vallejos Vallejos estaba en ese último listado. Era uno más de los cuerpos desaparecidos en la nieve y sólo quedaba esperar a que las patrullas de rescate encontraran sus restos para poder verlo por última vez.

Fila de cadáveres

Tras la fatal confirmación del número de víctimas, otra espeluznante rutina comenzó en el regimiento. Desde ese mismo viernes, y durante las noches siguientes, fueron llegando a la unidad militar los camiones que volvían desde Antuco con los cadáveres que las patrullas de rescate habían hallado en la nieve. Enseguida los padres eran citados a reconocer los cuerpos. Una vez confirmadas las identidades, se programaban masivas misas de responso. A la mañana siguiente se hacían públicos los nombres de los soldados muertos y se preparaba el gimnasio para que allí fuesen instalados, en perfecto orden, los ataúdes de color café claro, sobre los que se colocaba una bandera chilena. Luego, comenzaba el responso oficial.

El primer soldado en ser reconocido fue José Bustamante Ortiz. Sus padres pudieron ver su cuerpo el 19 de mayo. Al día siguiente fueron rescatados los cadáveres de Cristián Mendoza Concha, Luciano Fuentes Leiva, Jaime Bizama Palma, Víctor Aqueveque Erices, Cristián Chávez Varela, Ignacio Vallejos Henríquez, Ricardo

Seguel Herrera, Lizardo Garcés Forquera, Daniel Mardones Cuevas, Cristián Herrera Henríquez, José Ortega Astudillo, Edgardo Sobarzo Cruces y Rolando Escobar Contreras.

El 21 de mayo, Ricardo Lagos llegó a Los Ángeles. También lo hicieron Sebastián Piñera y Michelle Bachelet, los candidatos en la elección presidencial que se celebraría a finales de año. El gobierno había decretado duelo nacional y el presidente suspendió las celebraciones del día de las Glorias Navales para viajar a la Octava Región y participar del velorio de los primeros soldados “rescatados” en la nieve. Esa mañana también llegaron los 112 muchachos que permanecían aislados en el refugio Los Barros.

“He querido venir a despedir a estos soldados. Quiso el destino que en un 21 de mayo como hoy, otro chileno también se fuera como héroe. Arturo Prat y los suyos se fueron como héroes de una guerra. Hoy despedimos a estos soldados como héroes de la paz. Se preparaban para servir a Chile, para ser fieles a una larga tradición. Quiero rendirles mi homenaje al momento de su partida”, dijo Lagos en su discurso ante los acongojados padres.

El presidente también recalcó que esperaba que de la tragedia se pudieran “sacar las enseñanzas adecuadas para ser más y mejores chilenos, para ser más y mejores soldados, para ser más y mejores ciudadanos de este Chile al cual tanto queremos y en cuyo nombre despido a estos soldados que hoy día se van”. Luego, le correspondió dar el pésame a las familias.

En el velorio, Ricardo Seguel, padre del fallecido conscripto Ricardo Seguel Herrera, hizo sus descargos. “Llevaban un mes de reclutamiento y, ¿dónde están los líderes?”, reclamó, cuestionando el hecho de que ninguno de los oficiales a cargo estuviese en la nómina de los muertos. Los padres del conscripto José Bustamante también aprovecharon la ocasión para denunciar que su hijo no vestía las ropas del general Cheyre, asegurando que eran falsas las palabras que el comandante en jefe del Ejército había dicho a la prensa.

No hubo respuestas. El presidente regresó a Santiago y en Los Ángeles continuó la triste rutina. El día 22 de mayo la entrega de cuerpos prosiguió. Los fallecidos identificados fueron Juan Zambrano Cárdenas, Carlos Quezada Véjar, Robert Castillo Ruiz, Freddy Montoya Fica, Freddy Pilar Parada, Arnaldo Jorquera Jara y Juan Castro Balboa.

En la jornada siguiente aparecieron los cuerpos de cinco soldados más: Christopher Pérez Sánchez, Juan Valenzuela Riquelme, Francisco Montoya Montoya, Hugo Muñoz Cifuentes y el sargento segundo Luis Monares Castillo.

Niños y adultos, familiares y amigos de los soldados, hacían filas para mirar los ataúdes y ver los rostros compungidos y amoratados de los jóvenes que se habían convertido en cadáveres con uniforme.

Luego, las carrozas fúnebres se dividían para emprender rumbo hacia distintos cementerios de la región. Muchos de los soldados, como el Munilque, provenían de

pequeños pueblos y localidades rurales. La banda militar del regimiento, pese a que intentó multiplicarse para dar los últimos honores a los caídos, no dio abasto y tuvo que pedir refuerzos a otras unidades.

Cuando ya había pasado una semana de ese 18 de mayo y la fría lluvia seguía cayendo en la región, llegó el turno de Sofanor Navarrete. El hombre de campo ya no se ufanaba de sus recuerdos del Servicio Militar.

Según consta en los registros del Ejército, luego de ser reconocido por su tío y su tía la noche del 24 de mayo de 2005, el Munilque salió del regimiento y recorrió por última vez los 36 kilómetros que lo llevarían de regreso a la parcela de su familia.

El patio de la casa de Sofanor Navarrete se llenó de amigos, vecinos y autoridades de la zona. El cuerpo de Cristián Vallejos Vallejos había aparecido junto a los soldados Osvaldo Conteras Hidalgo, David Carrasco Yáñez, Guillermo Gacitúa Quijada y Ángel Saavedra Troncoso.

Sofanor, como buen hombre de campo, trató de no quebrarse y tomó las riendas de la situación. Cuando vio llegar a los periodistas y a los fotógrafos al velorio de su hijo, salió de la casa y pidió a todos los visitantes que conversaban en el patio que entraran a rodear al cuerpo de Cristián. “Quiero que se note en las fotos que mi hijo estaba bien acompañado”, anunció, antes de autorizar el ingreso de los reporteros que por esos días recorrían cada uno de los velorios, intentando dar cuenta de quiénes habían sido los jóvenes víctimas de la tragedia.

A esas alturas, cuando recién había pasado una semana de la fatal marcha, la familia Navarrete contaba con el consuelo de ser una de las privilegiadas, de las que habían podido llenar las ollas con cazuela e iniciar así el rito del velorio sureño, donde todos los que llegan a dar el pésame son recibidos con un plato de comida caliente. Otras 14 familias aún seguían esperando que sus hijos aparecieran entre la nieve que cubría el camino que rodeaba los faldeos del volcán Antuco.

Mientras cuchareaba sin hambre el caldo fúnebre, Sofanor narró a quienes llegaron a visitarlo los últimos sueños del Munilque. “Cristián quería ser gendarme y pensaba que el Servicio Militar le iba a ayudar”, contó, recordando que el muchacho había intentado seguir el camino de su primo mayor, pero que al postular por primera vez a la Escuela de Gendarmería, en diciembre de 2004, fue rechazado. El problema había sido que Cristián no alcanzaba el metro sesenta y cinco que le exigían en la postulación. A Vallejos le faltaban dos centímetros para cumplir con el requisito.

Pero no se había rendido. Buscando nuevas oportunidades, antes de entrar al regimiento Sofanor llevó a Cristián al cuartel de la Policía de Investigaciones, para que viera si le interesaba entrar a esta institución. El Munilque quedó conforme y pensaba postular a mitad de año, tras bajar de la cordillera. Si no tenía suerte, pretendía seguir la carrera militar. En el regimiento, mientras cumplía el servicio, recibiría un pago mensual de 18 mil pesos por su entrega a la patria.

“Yo quería mucho para él, porque yo sólo tenía quinto básico y quería que él avanzara más. El Cristián ya habían terminado el cuarto medio”, recordaba con orgullo Sofanor,

conformándose con que su sobrino hubiese cumplido con uno de sus sueños, aunque fuera después de morir. “Cristián siempre quiso ser uniformado. Dio su vida, pero logró el grado de sargento segundo que quería y que le dieron al morir. Dios se los tenía preparado”, reflexionó, agradeciendo el simbólico ascenso que ordenó el Ejército para los 44 conscriptos caídos.

En medio de esos recuerdos, Sofanor volvió a citar sus días de conscripto, pero esta vez para revelar sus dudas. La muerte de Cristián no le parecía del todo clara y se preguntaba: “¿Cómo pudo haber pasado una tragedia así cuando el tiempo se veía mal ese día?”. Tampoco entendía por qué habían ido al volcán. “En mi tiempo se iba a Antuco cuando ya era primavera, antes sólo subía la Compañía de Montaña”, se cuestionaba.

No era el único que se hacía preguntas. Poco a poco, la idea de que la naturaleza había matado a los jóvenes por culpa de una mala orden dejó de ser suficiente para los familiares. Tampoco se conformaban con ver los nombres de sus hijos instalados en la nómina de muertos de la peor tragedia del Ejército chileno y que los llamaran “héroes”: ¿Por qué sólo había muerto un sargento segundo? ¿Por qué había 44 los conscriptos y ningún instructor entre los fallecidos? ¿Qué había pasado en la montaña?

“Héroes de Antuco”

*Morir en la montaña
fue el destino que Dios reservó
para ungir a los bravos soldados
del Antuco inmolados de honor.*

*Camaradas, eternos valientes
convocados al frente mejor
en sus pechos los blancos laureles
de los héroes entrega y valor.*

*Que su ejemplo refuerce mi empeño
que la patria reciba esta flor
que por siempre su ejemplo perdure
del Antuco inmolados de honor.*

Himno compuesto en mayo de 2005 por un anónimo funcionario del Ejército.

II. ¡El Mayor dio la orden!

Contando sus recuerdos y las historias de los muchachos desaparecidos. Así tuvieron que pasar los días los familiares de los jóvenes soldados muertos en Antuco mientras aguardaban por sus cuerpos. La espera no hacía sino aumentar la angustia de los padres y los incitaba a recordar las tristes coincidencias que habían llevado a sus

hijos a servir en el Ejército.

Así lo vivía la familia de Benjamín Reyes Urra, quien ingresó al Servicio Militar, al igual que su hermano Rubén, en abril del 2004. Benjamín terminó su conscripción en marzo del 2005, pero su hermano gemelo tuvo que quedarse y subir como rancharo a la instrucción en Antuco. “Alguien dijo que pasaba mucho tiempo en el coro y que debía seguir la instrucción”, recordó Reyes en el diario Las Últimas Noticias, quien también tuvo que lamentar que el Ejército cometiera el error de incluir a su hermano en la lista de los sobrevivientes.

Ilsia Yáñez, madre del conscripto David Carrasco, era más afortunada. El cuerpo de su hijo ya estaba en casa y ella, vestida de absoluto negro, podía acompañarlo. Sobre el día en que David le dijo que quería hacer el Servicio Militar, contaba a sus cercanos, ella le preguntó si no le daba miedo. Él le contestó que no. “Ahí estaría su destino, me dije en ese momento. Y ahí estaba, nomás”, reflexionaba la mujer, ante los periodistas que la entrevistaban.

A los angustiosos momentos que vivían los familiares, se sumaba también el impacto que significaban los dramáticos testimonios de los conscriptos sobrevivientes, que habían vuelto a sus casas con permiso del Ejército. Algunos no querían hablar por temor a lo que pudiera ocurrirles al regresar al regimiento, y otros preferían contar detalles en secreto. Así comenzó a saberse que algunos de los soldados fallecidos habían sido encontrados muertos en posición de marcha, y que otros terminaron sus días aferrados a sus mochilas, suplicando por ayuda. También se supo que varios

muchachos sufrieron de alucinaciones en sus últimos minutos de vida y pedían que los dejaran seguir tomando sol.

Pero el anonimato no fue el caso del soldado Gustavo Álvarez. El muchacho de la Compañía de Morteros se atrevió a viajar a Santiago para dar la cara y fue entrevistado por Pedro Carcuro en el programa de televisión “De pé a pá”. Su impactante relato salió al aire la noche de 23 de mayo, por Televisión Nacional.

“Un compañero gritaba al instructor, para que lo ayudara. Estaba mal. Otro tenía los ojos blancos, desorbitados”, narró el muchacho, quien tuvo una osadía mayor. Cuando Carcuro le preguntó quién había dado la orden de marchar, su respuesta fue fulminante. “¡Mi mayor dio la orden!”, dijo, refiriéndose a Patricio Cereceda, el comandante del batallón. Álvarez contó también que ya estaba nevando cuando los soldados salieron del refugio, vestidos sólo con botas para la nieve, un pantalón, una polera, un chaleco, una casaca, un gorro y un cuello.

Hasta entonces, el nombre del mayor Cereceda y el de los otros comandantes del regimiento apenas habían aparecido. El Ejército culpó primero del accidente al repentino fenómeno del viento blanco y luego se habían escuchado los nombres de Cereceda, del coronel Roberto Mercado y del teniente coronel Luis Pineda, cuando el general Cheyre los relevó del mando por “falta de criterio”. Pero de ellos ni fotos existían y ninguno había entregado alguna versión de lo ocurrido. Sólo se sabía que seguían viviendo en sus casas, al interior del regimiento, y que se les sometería a un sumario interno para aclarar lo ocurrido.

Al día siguiente de los dichos del soldado Álvarez, el rostro de Patricio Cereceda se hizo público. La imagen correspondía a un video grabado por Miguel Ángel Castro, padre de un conscripto sobreviviente, quien registró el discurso de bienvenida que les había dado el comandante del batallón a los soldados en abril de 2005. Las imágenes, transmitidas por Canal 13, mostraban cómo el mayor aconsejaba a sus subalternos: “Guiados por la fe, es más fácil protegerse de los errores e incluso de fracturas espirituales”.

De Cereceda era poco lo que se sabía en la zona y quienes alcanzaron a conocerlo describían al oficial, que había llegado al regimiento de Los Ángeles en diciembre de 2004, como un hombre parco, que sólo gustaba de hablar cuando el tema en cuestión tuviese que ver con el mundo militar. De su carrera se sabía que tenía 23 años de antigüedad en el Ejército, que había pasado por la Academia de Guerra y que tenía una especialización en montaña. Su apellido también era recordado en la institución porque su hermano Sergio participó en el rescate de 21 niños que habían quedado atrapados tras un temporal en el volcán Osorno.

Los conscriptos sobrevivientes, ya decididos a hablar, no sumaron antecedentes felices sobre él. “Cereceda, a ese no podría ni mirarlo. Él dio la orden. Es tonto. La jodió en las labores, sabiendo que el clima estaba malo. Algunos intentaron decirle que estaba en un error, pero no hizo caso”, opinó Diego Vidal, de la Compañía de Morteros.

El Ejército respondió rápidamente a los cuestionamientos contra el mayor y a las peticiones de justicia. Cuando ya 31 familias habían recibido una bandera chilena el día

del entierro de sus hijos, y otras 14 esperaban aún por los cuerpos de los suyos, un hombre alto, de bigotes y vestido de civil llegó a la zona y se instaló en una casa a metros del regimiento.

Se trataba del coronel Juan Arab, ministro de la Corte Marcial, quien el 25 de mayo del 2005, ocho días después de la tragedia, fue designado como ministro en visita extraordinario para esclarecer la muerte de los 45 soldados en la montaña. Aunque el hecho había ocurrido en el interior del Parque Nacional Laguna del Laja, la justicia militar se hizo cargo de la investigación por tratarse de la muerte de soldados conscriptos en ejercicios militares.

Había errores que investigar. Había que explicar cómo un regimiento pudo perder a 45 de sus soldados sin una guerra de por medio. Pero la llegada de Arab también planteó dudas sobre el actuar de esta justicia, especial para militares.

“La justicia militar no da garantías”, advirtió la abogada Julia Urquieta, quien constantemente denunció las dificultades que debió afrontar al tramitar la causa del conscripto Pedro Soto Tapia, quien en 1997 desapareció misteriosamente del Regimiento Yungay de San Felipe y fue encontrado muerto tres meses más tarde.

Tratando de dar una señal de que esta vez no ocurriría algo similar, el mismo día que Arab llegó a Los Ángeles también lo hizo el fiscal del Ministerio Público Militar, coronel Sergio Cea, quien insistió en el interés del Ejército por esclarecer quién o quiénes habían sido los responsables de tamaño desastre. De hecho, en el portal de la

oficina en que se había instalado Arab, y bajo la lluvia que se negaba a menguar desde el día de la tragedia, el representante del Ministerio Público Militar anunció que pediría cargos por incumplimiento de deberes militares y maltrato de obra a inferior.

“Nosotros estamos denunciando tres delitos; el primero de ellos es el incumplimiento de deberes militares, el segundo es cuasidelito de homicidio y el tercero es maltrato de obra a inferior, porque a nuestro entender, atendida las particularidades exigencias de la función militar y los cometidos que establecen en la Constitución Política para las Fuerzas Armadas, estimamos que aquí existió una falta de deber, de previsión, en razón de la profesión u oficio que le corresponde a un militar”, dijo.

Aclarando que los cargos serían interpuestos contra “quienes resulten responsables”, y no necesariamente contra Cereceda, Cea también informó sobre las penas que arriesgaban los culpables de la tragedia: “Entre 540 días a tres años y un día de presidio por cuasidelito de homicidio, pero el maltrato de obra a inferior tiene penas que son mucho más altas, podemos hablar de cinco a diez años. En el caso de incumplimiento de deberes militares, son penas de 540 días a 3 años, promedio”.

Esa tarde fueron encontrados los cuerpos de Roberto Contreras Mellado, Miguel Piñaleo Llaulén y Enzo Sánchez González. Al regimiento de Los Ángeles también comenzaron a llegar los equipos de sicólogos, enviados desde Santiago, para tratar de ayudar a los sobrevivientes a asumir la tragedia. En el Ejército aseguraron esa semana que sólo dos muchachos no quisieron regresar a vestir el uniforme tras volver de la marcha de Antuco.

Quien sí dejó Los Ángeles fue Patricio Cereceda. En absoluto silencio y sin responder a las acusaciones de los soldados, el mayor se refugió en Santiago, hasta donde había sido trasladado para ser internado, el 27 de mayo, en la unidad de psiquiatría del Hospital Militar. Allí se le diagnosticó un trastorno adaptativo severo y se le mantuvo con reposo absoluto y bajo observación médica.

El mayor Guillermo Gabler, siquiatra del Hospital Militar y el encargado de atender a Cereceda, explicó que la patología que vivía su paciente consistía en “reacciones inadecuadas a situaciones ambientales que se desarrollan variando su intensidad y su duración, dependiendo de la permanencia del desencadenante y de la variación de la intensidad”.

Para tratar este cuadro se suele diagnosticar reposo y uso de ansiolíticos. Si el caso es más grave, se suministran antidepresivos. Sobre la situación de Cereceda, Gabler asumió que se trataba de un caso “complicado”.

Ante tal escenario médico, fue la mujer de Cereceda quien terminó dando la primera versión, la que su esposo le había contado el sábado 21, cuando bajó de la montaña, sobre lo que había ocurrido en la mañana del 18 de mayo. Desesperada por la forma en que los medios de comunicación recogían el testimonio de los sobrevivientes y sindicaban a su marido como el gran responsable de la tragedia, Lorena Cornejo accedió a dar una entrevista en Santiago, mientras acompañaba a su marido internado en el Hospital Militar.

“Él jamás pensó en dañar a nadie, él vive para los militares. Patricio tomó la decisión que tomó y no tenía idea de lo que había pasado”³, aseguró la mujer, negando que su marido hubiese intentado suicidarse tras enterarse de la tragedia. “Han aparecido tantas cosas en estos días que no son ciertas; han dicho que Patricio es un hombre déspota, cuando es súper sencillo. Es callado porque es tímido, él es un buen hombre, hijo de militar, sus hermanos son militares, ama al Ejército”, recalcó.

La mujer de Cereceda contó que el día de la tragedia ella acudió al regimiento para ayudar a los soldados heridos y que tenía la certeza de que su esposo “jamás quiso enviar a nadie a la muerte. Está destrozado, cada conscripto era como un hijo para él”.

Para respaldar sus dichos, la mujer reveló una información desconocida hasta el momento. “Patricio nunca supo que había alerta amarilla”, aseguró, advirtiendo que el informe del tiempo, que prevenía sobre las malas condiciones climáticas y la advertencia de la Onemi, donde se ordenaba el cierre de los puertos y de los pasos fronterizos, jamás llegó a las manos de su marido. Fue ella quien le habló por primera vez de la alerta meteorológica. Y Cereceda, dice, quedó pálido al escuchar la información.

Parecía increíble que el hombre a cargo del batallón hubiese enviado a decenas de soldados a marchar sin ver el informe del tiempo, pero así se lo había asegurado él mismo a su esposa.

³ Entrevista exclusiva con la autora, publicada en el diario Las Últimas Noticias, el 29 de mayo de 2005.

Tras las palabras de Lorena Cornejo, el mayor Patricio Cereceda mantuvo silencio. El militar permaneció 12 días internado en el piso de psiquiatría del Hospital Militar, hasta donde también llegaron cinco conscriptos. Los muchachos no podían dormir, decían que escuchaban las voces de sus compañeros muertos en Antuco y también pensaban en suicidarse.

Cereceda fue dado de alta el 7 de junio de 2005, quedando sujeto a controles ambulatorios para enfrentar las repercusiones psicológicas que sufría por la muerte de los 45 soldados que tenía bajo sus órdenes.

Carta desde el sepulcro

Muy Estimado Sr. General J. E. Cheyre:

Junto con manifestarle mi inmenso dolor por la tragedia que nos ha enlutado a todos los chilenos, quisiera enviarle mi más profunda unión a todos ustedes. Soy el padre Sergio Olmedo, superior de un convento franciscano en Jerusalén, el santuario donde vivió San Juan Bautista. He seguido paso a paso lo ocurrido en Los Ángeles y comparto cada segundo con ustedes acá en la distancia. Le solicito haga saber a las

familias de cada una de las víctimas que este viernes 27 de mayo, celebraremos una misa que tendrá lugar en el Santuario del Santo Sepulcro de nuestro Señor Jesucristo.

Le manifiesto mi alegría al ver que usted ha actuado como un verdadero “Padre” de sus jóvenes. Y ha acompañado a cada una de estas simples y hermosas familias chilenas que han dado a la patria y a Dios estos maravillosos jóvenes que ahora desde el cielo nos acompañan. En Chile serán las 01:00 de la mañana del día viernes 27 cuando acá en Jerusalén estaremos encontrándonos con nuestros compatriotas para pedir por el eterno descanso de cada uno de ellos. Sobre el Altar del Calvario pondremos la lista con los nombres de estos.

Para usted y todas las familias afectadas una bendición especial desde “tierra santa”.

E-mail recibido por el Comandante en Jefe del Ejército el 25 de mayo de 2005.

III. El velorio del rancho

Mientras sacerdotes católicos y pastores evangélicos recorrían prácticamente sin parar la Octava Región, presidiendo entierros, una ceremonia tuvo un curso distinto. Era el velorio del sargento segundo Luis Monares Castillo, el único uniformado de planta que falleció en la marcha de Antuco.

Monares sumaba 23 años de servicio en el Ejército y en la campaña cumplía funciones de rancho, a cargo de la alimentación de los conscriptos. Por alguna razón, que sus familiares no se explican, el 18 de mayo se le ordenó participar en la marcha de 24 kilómetros.

Sobre la conducta del sargento segundo se narraron relatos heroicos, como que en medio de la tormenta había sido capaz de entregar su chaqueta de Gore-Tex a un conscripto con tal de salvarle la vida. Lo mismo habría hecho con sus zapatos de montaña. También se escuchó un relato mítico, que decía que había sido encontrado de pie, abrazando a un conscripto fallecido. Pero esta última historia fue descartada por el Ejército, que aseguró que cuando las patrullas de rescate dieron con él, el 22 de mayo, el cuerpo del suboficial estaba agazapado entre unas rocas.

Luis, hijo del sargento Jorge Monares, fue encontrado gracias al olfato de uno de los perros que participaba en la búsqueda, a ocho kilómetros del refugio de la Universidad de Concepción. Cerca de él también aparecieron los restos de los conscriptos Rolando Escobar y Rubén Reyes, los dos ayudantes del rancho.

Pero los familiares de Luis Monares no quisieron referirse a los actos heroicos del suboficial, a su destino fatal. Al funeral, el 23 de mayo, llegaron su esposa, sus tres hijos y sus hermanos. También su madre y decenas de amigos. El cortejo fue multitudinario, se dispararon balas de salva en su honor, pero la familia mantuvo su silencio. La viuda prefirió la reserva y no sumarse a los cuestionamientos de los familiares de los soldados.

Sólo Juan Carlos Vargas, cuñado de Monares, quiso exclamar algunas frases sobre el rancho y se atrevió a decir al diario La Cuarta que “si hubiese sido un mal hombre, camina y se salva, pero en plena tormenta se devolvió para ayudar a los soldados que iban cayendo. Lo hizo varias veces, pero no dio más y el frío se lo comió. Murió por su

vocación y con las botas puestas. Tenía un corazón inmenso y el Señor sabe que dio la vida por sus soldados”.

“Precaución no es cobardía”

“Se ha puesto una enorme sombra sobre mi suelo angelino

Les han segado el camino en estúpida maniobra

La cordillera les cobra a justos por pecadores

Dejando ver los horrores que viene a sembrar la muerte

Ya no basta la suerte ni rendir grandes honores”.

Extracto de un poema enviado al diario La Tribuna, de Los Ángeles, por Marcelo

Moncado, en mayo de 2005

IV. El procesamiento

Fueron necesarios 160 interrogatorios, el análisis de numerosos informes emanados del Regimiento Reforzado N° 17 “Los Ángeles”, una reconstitución de escena de la trágica marcha en los faldeos del volcán Antuco y las autopsias de 44 soldados, para que el juez Juan Arab dictara, el 24 de junio de 2005, un auto de procesamiento en contra de los militares que habían estado a cargo de la marcha. Entre los papeles no se contaba con la autopsia del conscripto Silverio Avendaño, ya que el cuerpo del muchacho todavía no había podido ser encontrado en la nieve.

En el texto de 35 carillas se narra la primera versión oficial del caso, detallando paso a paso cómo había llegado a concretarse el traslado de los conscriptos al refugio ubicado en el sector de Los Barros. Era el primer documento que daba luces respecto de las responsabilidades que les cabían a los mandos involucrados en la fatal marcha del 18 de mayo.

Según la investigación de Arab, la historia de la campaña se da por iniciada el día 29 de abril de 2005, cuando fue publicada la Orden del Día N° 84 del regimiento. En ella se establece que el proceso de instrucción básica se realizaría en el refugio Mariscal

Alcázar, también conocido como Los Barros. El lugar había sido inspeccionado el 21 de abril por el comandante, coronel Roberto Mercado, junto al jefe de plana mayor, teniente coronel Luis Pineda, y el mayor Patricio Cereceda. También habían participado los comandantes de las compañías Andina, de Cazadores y de Ingenieros.

La importancia de esa cita radicaba en que, regularmente, la primera instrucción de los conscriptos no se hacía en Antuco. Según consta en el procesamiento, el lugar habitual para esta etapa era un fundo ubicado en el sector de Laguna Verde, cerca de la ciudad de Nacimiento. Sin embargo, el comandante del regimiento había desestimado este predio el 28 de abril. “Concluyó que el lugar no reunía las condiciones sanitarias por existir en sus proximidades un vertedero, con el consiguiente peligro para la salud del contingente, en especial de contagios con Virus Hanta”, señala el documento.

Paradójicamente, Antuco había sido elegido para privilegiar la integridad física de los jóvenes soldados.

En esta reconstrucción histórica, el juez realiza su primer cuestionamiento al mando del regimiento, advirtiendo que en la Orden del Día sobre la campaña en Antuco “no se precisan apropiada y detalladamente las condiciones de seguridad que se debían cumplir para esta actividad”. Sin embargo, el viaje se llevó a cabo.

Los soldados fueron trasladados a Antuco en camiones, los días 5, 6 y 7 de mayo. Antes de culminar con el entrenamiento, el día 14 de mayo el mayor Cereceda elaboró el plan de repliegue, donde explicaba el orden que se seguiría para regresar al regimiento. La propuesta fue aprobada el 16 de mayo por la junta de superiores, en Los

Ángeles, pero con una salvedad: Cereceda, en su planificación original, había propuesto marchas nocturnas, idea que fue desechada. Se le advirtió que todos los trayectos se debían realizara con “luz diurna”.

En el plan quedaba claro que el 18 de mayo los soldados realizarían una marcha a pie de 24 kilómetros, para detenerse en el refugio militar La Cortina. Allí los esperaba un grupo de camiones, que los traerían de regreso a Los Ángeles. La primera compañía en salir desde Los Barros sería la de Plana Mayor y Logística, seguida por la de Cazadores. Luego bajarían de Antuco las compañías de Morteros, Andina, de Ingenieros y el Pelotón Logístico.

Sin embargo, dicho cronograma fue alterado el 17 de mayo. Ese día, Cereceda debió suspender los últimos ejercicios nocturnos del batallón por el mal tiempo reinante. Ante este escenario, se ordena adelantar la marcha y dividirla en tres series. El mismo 17, a las 14 horas, salió la compañía de Cazadores, y una hora más tarde lo hizo la de Plana Mayor y Logística. Supuestamente, dos camiones acompañarían a los soldados, trasladando al personal enfermo y también los víveres para alimentar al contingente en La Cortina. Pero los vehículos quedaron atrapados a sólo 800 metros del refugio Mariscal Alcázar, sin poder cruzar el estero El Volcán producto de la nieve acumulada.

Los soldados debieron seguir la marcha solos. Ante las difíciles condiciones, ambas compañías terminaron encontrándose en el camino y llegaron al refugio La Cortina a las 23 horas. Arab hace un nuevo y duro cuestionamiento: “Ninguno de los mandos institucionales, esto es, el comandante del regimiento, el jefe de plana mayor y el

comandante del batallón, tuvieron preocupación de cerciorarse acerca del estado en que habían llegado al lugar de su destino estas compañías, cuestión que sólo ocurrió al día siguiente”.

El detalle no es menor. Nadie se enteró de lo difícil que había sido la caminata, ni que algunos soldados de las primeras compañías habían sufrido síntomas de hipotermia debido a la marcha sobre el camino nevado. Tampoco de que al llegar al refugio no tenían con qué alimentarse y recuperar fuerzas.

Por el contrario, al día siguiente, y sin estimar como un peligro que hubiese hasta 50 centímetros de nieve acumulada, la Compañía de Morteros debió salir a marchar a las 5 de la mañana. Cuatro horas más tarde lo hizo la Compañía Andina. Todos los conscriptos usaban la clásica tenida de los soldados, de algodón. Sólo el personal de planta llevaba tenidas Gore-Tex.

El relato de la marcha se torna dramático en los siguientes puntos. La mayoría de los soldados de la Compañía de Morteros debieron marchar con sus zapatos y pantalones mojados, ya que no pudieron cruzar sin tocar el agua del estero El Volcán, donde el día anterior los camiones habían quedado atrapados. Pero los momentos más difíciles comenzaron en el kilómetro 15 de la marcha. Un conscripto presentó allí graves síntomas de hipotermia. El número de afectados creció rápidamente en los metros siguientes. Un suboficial (Abelino Tolosa) confeccionó entonces un refugio de circunstancia en la nieve, que utilizó para guarecer a seis de los muchachos más afligidos. A las 11 de la mañana, el capitán de la Compañía de Morteros (Carlos

Olivares) informa a Cereceda, por radio, que dos de los soldados a su cargo tenían graves síntomas de hipotermia. El mayor ordenó entonces que el capitán de la Compañía Andina (Claudio Gutiérrez) dejara su grupo y adelantara la marcha para socorrer a los soldados del refugio.

Ante el complejo estado de salud de los muchachos, el capitán Olivares decide quedarse con los enfermos y ordena que su compañía continúe bajo las órdenes de un suboficial (Carlos Grandón). Sin embargo, luego deja el refugio de circunstancias y los seis soldados enfermos a cargo del suboficial Tolosa. Cuando el capitán Gutiérrez llegó a prestar socorro, en el refugio sólo estaban los soldados conscriptos. Dos ya habían fallecido.

La Compañía de Morteros siguió marchando rumbo a La Cortina, pero su capitán no logró alcanzarlos y se quedó en el abandonado refugio de la Universidad de Concepción, ubicado a un costado del camino, a siete kilómetros de la meta de la misión.

Por su lado, la Compañía Andina corrió una suerte similar a la de los Morteros. La mayoría de los soldados también había terminado con sus extremidades humedecidas, tras el cruce del estero. En ese momento, el cabo Cristián Lagos advirtió al capitán que debían suspender la marcha, pero su sugerencia no fue acogida. Cuando Gutiérrez recibe el mensaje de adelantarse y socorrer a los Morteros, el subteniente Cristóbal Zerené se queda a cargo de la compañía. Pero los muchachos también comenzaron a sufrir los estragos del frío y a quedarse en el camino. El subteniente, que sabía de la existencia del refugio abandonado, decidió detenerse con los sobrevivientes en el lugar.

Tras pasar la noche en la precaria instalación, los soldados de la Andina vuelven a marchar el 19 de mayo y logran llegar con vida al refugio La Cortina. El capitán Gutiérrez, que se había quedado con los soldados enfermos en el refugio de circunstancias, consigue llegar a la abandonada propiedad de la Universidad de Concepción la tarde de ese mismo día, junto a un conscripto sobreviviente, un teniente y un cabo. El 20 de mayo arriba a La Cortina. La marcha había terminado con la vida de 30 soldados de la Compañía de Morteros, 14 de la Andina y un sargento segundo.

Después de analizar los hechos, el primer procesado por el juez Juan Arab fue Roberto Mercado Olgún, el comandante del regimiento. El cargo en su contra correspondió al de incumplimiento de deberes militares. Además de cuestionar la falta de medidas de seguridad ordenadas, se le recriminó el haber autorizado una marcha de 24 kilómetros, siendo que el 5 de mayo, el comandante de la Tercera División había entregado un instructivo que sólo autorizaba marchas de cinco kilómetros para los conscriptos. También se le cuestionó no haber previsto condiciones climáticas desfavorables, y que ni antes ni durante la campaña se recabaran los pronósticos del tiempo para el sector cordillerano.

Aunque Mercado no estaba en Antuco el día de la tragedia, se aplicó en su contra el reglamento militar, en el que se recalca que el superior no puede disculparse de los descuidos de sus subalternos, pues le corresponde tomar las medidas del caso que correspondan para el cumplimiento de las órdenes. Además, no se preocupó de enterarse de la situación de las primeras compañías que marcharon.

Para el jefe de Plana Mayor, Luis Pineda, el destino fue el mismo que el de Mercado. Según el juez, era su obligación estar al tanto de las condiciones de las compañías y tener medios para lograr comunicarse con los refugios, sin considerar como una excusa posible el que los equipos de telecomunicaciones tuviesen dificultades por las características de la zona cordillerana.

Otro elemento grave del procesamiento contra Pineda es, según Arab, que está acreditado que a las 12 horas del 18 de mayo fue informado por Cereceda de que la Compañía de Morteros tenía problemas, pero el teniente coronel “no se preocupó de precisar o profundizar, como tampoco hizo saber a su superior jerárquico esta información”.

Para el mayor Patricio Cereceda los cargos fueron más graves. Además del delito de incumplimiento de deberes militares, se le acusó de cuasidelito de homicidio de 43 conscriptos y un sargento segundo. El número 45 sería Silverio Avendaño, en cuanto su cuerpo fuese encontrado.

El juez explica en su decisión que Cereceda no debió ordenar la marcha si es que ya el día anterior la nieve había obligado a suspender la actividad final de la instrucción, y también había impedido el desplazamiento de los camiones. Además, sabía que los soldados no contaban con vestimenta adecuada para tales condiciones climáticas.

Arab va incluso más allá. Asegura que Cereceda “estaba informado respecto de la inminente llegada del fenómeno de mal tiempo a la zona”, y que no era cierto lo que le

dijo a su mujer respecto que nunca tuvo noticias de que la Onemi había decretado una alerta amarilla. A este escenario se sumaba que los soldados “se encontraban sin el descanso ni alimentación suficiente para enfrentar en forma adecuada la marcha, aún en condiciones atmosféricas benignas”. Bajo esa premisa, la marcha jamás debió ordenarse.

Como si fuera poco, en el punto D del acápite número 9, el juez militar cuestiona el conocimiento de Cereceda sobre las normas básicas del montañismo. Su decisión de permitir que el 17 de mayo una compañía saliera a las 14 horas era absolutamente antirreglamentaria, pues ese horario es el recomendado para dar por finalizada una actividad de tales características sobre un terreno nevado. Peor aún, todas estas observaciones se las habían hecho oficiales de la tropa en la montaña, pero el mayor prefirió continuar con su planificación. Para el juez, ninguna de las excusas dadas por Cereceda resultaba creíble.

Los subalternos que cayeron

La lista de imputados por el caso Antuco no se detuvo en las máximas autoridades del regimiento. El capitán Claudio Gutiérrez Romero, quien había aparecido en televisión con un héroe por regresar a buscar soldados en la nieve y llegar con un sobreviviente, también era procesado como autor del cuasidelito de homicidio de 14 soldados. Esas eran las víctimas de la Compañía Andina y él era el hombre a cargo el día de la marcha.

Se le cuestiona a Gutiérrez haber ordenado a sus soldados cruzar el estero y hacerlos marchar con sus ropas mojadas, sin hacer caso a la recomendación que le dio el cabo primero Cristián Lagos de detener el viaje. Otro punto que agravó la responsabilidad del capitán es que él poseía la categoría de especialista en montaña, e incluso había realizado cursos en el extranjero.

El capitán Carlos Olivares Oyanguren, de la Compañía de Morteros, corrió la misma suerte. A él se le procesó por la muerte de 29 soldados y el sargento segundo Luis Monares. Sus negligencias, para el juez, tenían que ver con ordenar el cruce del estero cuando esto implicaba que los soldados se mojarían. Además, siguió la marcha bajo pésimas condiciones climáticas y no pidió recomendaciones. Olivares no era especialista en montaña y por eso se le cuestionaba el no haber buscado opiniones.

Arab advierte en el fallo que “si este inculpado hubiese adoptado la decisión correcta en orden de regresar hacia el refugio Los Barros y no continuar la marcha hacia el refugio La Cortina, no sólo se hubiera evitado la muerte del personal de su compañía, sino que además habría dado una señal de alerta para la Compañía Andina”.

Otros dos suboficiales también recibieron cargos de parte del juez militar y los dichos de Arab no fueron menos duros a la hora de cuestionar sus decisiones.

Al suboficial Carlos Grandón Portilla, de la Compañía de Morteros, lo procesó por el cuasidelito de homicidio de 24 soldados y del sargento segundo Luis Monares. Grandón había tomado el mando de la compañía cuando Olivares se quedó en el

refugio de circunstancias junto a los soldados con hipotermia y en el fallo se le responsabilizó por las malas decisiones que tomó: no contó el personal que tenía a cargo cuando le entregaron el mando, tampoco constató el estado físico de los conscriptos y no se detuvo en el refugio de la Universidad de Concepción. Según el juez, si hubiera hecho esto último se habrían salvado los soldados que murieron en los últimos siete kilómetros del camino. Grandón prefirió seguir la marcha sin parar y llegó sólo con 20 conscriptos al refugio La Cortina.

El último en la lista de siete procesados fue el suboficial Abelino Tolosa Calderón, por el cargo de cuasidelito de homicidio de cinco soldados. A él se le cuestiona un hecho específico: fue quien elaboró el refugio de circunstancias para acoger a los soldados de la Compañía de Morteros que comenzaron a experimentar los síntomas de la hipotermia. El capitán Olivares se quedó en este refugio, pero luego partió tras su compañía y dejó a Tolosa al cuidado de seis soldados. El suboficial debía esperar a los socorristas de la Compañía Andina, pero se fue y “abandonó a cuatro soldados conscriptos que se mantenían con vida”, de los cuales sólo uno logró sobrevivir.

Luego de ser notificados por el juez Arab, Gutiérrez, Olivares, Grandón y Tolosa quedaron en libertad tras pagar una fianza de 50 mil pesos. Los demás procesados fueron recluidos en el Batallón de Policía Militar.

El fallo confirmaba y abría nuevas incógnitas. Quedaba más que claro que los muchachos fueron obligados a marchar en las peores condiciones posibles, mal alimentados, sin uniformes adecuados y sin que nadie se preocupara de monitorear las

condiciones de la marcha. Pero también dejaba dos preguntas abiertas.

¿Cómo explicaba el Ejército que el personal de planta sí llevara el uniforme adecuado para la montaña, y que a los jóvenes nada se les hubiese proporcionado? Además de esta discriminación hacia los conscriptos, también quedaba instalada la duda sobre los altos mandos del Ejército. Esto, tras insistir el juez Arab en que existía un nuevo reglamento para el proceso de instrucción, donde se limitaba cualquier marcha de entrenamiento aeróbico a la distancia máxima de cinco kilómetros. En este último documento, se precisaba que este tipo de ejercicios debía realizarse en un tiempo de 85 minutos, con un máximo de siete kilos de peso y en condiciones climáticas normales.

Lo que llama la atención es que las “Instrucciones para el nuevo proceso de instrucción y entrenamiento de aplicación en el Ejército”, fueron emitidas por el jefe de la Tercera División el 5 de mayo de 2005: un instructivo para un proceso que había comenzado hacía un mes atrás y que ese día ya tenía a parte de los conscriptos en Antuco.

Los procesados no quedaron contentos e insistieron en su inocencia. La defensa de Cereceda reclamó que al mayor no se le había proporcionado el informe del tiempo que había pedido al regimiento, que el fenómeno ocurrido en la montaña era absolutamente anormal para la época y que nadie criticó la orden de marchar. Además el mismo mayor había asegurado, en una entrevista exclusiva otorgada al diario La Tercera, que la mañana del 18 de mayo “corría un poco de nieve, pero no estaba nevando” cuando se inició la marcha de los Morteros. También explicó que la marcha de 24 kilómetros estaba acordada antes de que comenzara la campaña de instrucción y que ordenó el

regreso parcelado del contingente porque “no había suficientes camiones para traslados”.

La defensa del Mercado alegó que el comandante no había sido informado de lo ocurrido y que la decisión de adelantar la marcha fue motivada porque los oficiales querían estar en Los Ángeles para aprovechar el fin de semana largo. Pineda también arguyó inocencia, asegurando que tomó todas las medidas posibles cuando se enteró de la crisis. Los demás procesados insistieron en que habían cumplido con las órdenes de sus superiores.

Los familiares de las víctimas quedaron preocupados y así lo manifestaron en un reportaje del diario Las Últimas Noticias. “¿Cómo una persona que aparece que baja con los chiquillos como héroe sale después procesado por cuasidelito de homicidio?”, se preguntó Angélica Monares, hermana del fallecido sargento segundo. José, hermano del conscripto Osvaldo Contreras, recibió con temor el fallo, sobre todo cuando escuchó que las penas no superarían los cinco años de cárcel. “Se están burlando. Cereceda fue el principal responsable y le están dando cinco años. Es tirado de las mechas”, alegó. María Inés Montoya, madre de Francisco Montoya, también se hizo una pregunta: “No lo puedo creer. Esto me está matando ¿Por qué la justicia tiene que ser así?”.

“Un fusil y dos cascos”

A un mes de la tragedia, todavía faltaba encontrar a un soldado en Antuco. La búsqueda continuaba y varios funcionarios de otras ramas de las Fuerzas Armadas llegaron a ayudar. Entre ellos, funcionarios de la Armada. De esta institución se destacó un oficial, el capitán Julio Ramírez, quien fue investigado por llevarse un par de recuerdos de su participación en la misión de Antuco: se trataba de dos cascos y un fusil, abandonados por los jóvenes conscriptos que vivieron la tragedia.

El 26 de julio, el capitán de navío Fernando Mingram, jefe de relaciones públicas de la Armada, anunció que su institución realizaría un sumario para aclarar el asunto. “Un arma se fue por error al Destacamento Aldea. Días más tarde fue devuelta. En ese momento todo era entendido como una equivocación, que se había quedado en los vehículos, pero posteriormente se tuvo información de que esto pudo haber sido una irregularidad en que hubo mala intención”, explicó Mingram. También se informó que el capitán Julio Ramírez optó por pedir su baja de inmediato.

Héctor González, tío del fallecido conscripto Enzo Sánchez, lamentó lo ocurrido: “Uno piensa que ellos iban a prestar ayuda. Es increíble que alguien anduviese buscando cosas para coleccionar, no corresponde, es como una burla”.

V. El regreso de Silverio

La espera de Flor Huilipán fue larga. Desde el 18 de mayo, cuando se enteró que su hijo era uno de los muchachos que venía en la marcha de Antuco, la madre del conscripto Silverio Amador Avendaño Huilipán debió pasar 49 días aguardando una llamada del Ejército.

La pena se apoderó de la familia del joven de 19 años, pero, a diferencia de los otros padres, su reencuentro con el cuerpo del muchacho fue mucho más difícil. A 24 días de la tragedia, el cuerpo de Silverio Avendaño era el único que no se había podido recuperar desde la nieve.

“Hay que esperar que aparezca no más, porque nosotros no podemos hacer nada en este momento, estamos resignados a que él aparezca luego y podamos darle cristiana sepultura. Sólo hay que esperar”, decía Sandra, la hermana mayor de Silverio, intentando aceptar la espera en su hogar en la comuna de Nacimiento.

Sandra se dedicó a tratar de ayudar a sus padres a que tomaran con calma el largo luto y a convencerlos de que los 150 soldados que trabajaban en la montaña, enterrando varillas en la nieve, con perros amaestrados y equipos de rastreo, darían con el cuerpo del muchacho que había entrado a hacer voluntariamente el Servicio Militar.

“Él tenía ganas de seguir en el Ejército después de los dos años y postular a la Escuela de Suboficiales, quería ser alguien más en la vida. Como nosotros somos personas de escasos recursos, quería tener una mejor calidad de vida”, recordaba la hermana.

La espera terminó el 6 de julio de 2005. A las 14:45 horas, las patrullas de rescate dieron con el cuerpo del muchacho en un sector llamado el Valle de la Luna. El teléfono de la casa de Flor Huilipán sonó y la mujer debió trasladarse al regimiento.

“Gracias primeramente a Dios, por concederme la oportunidad de recibir esta noticia esta tarde”, dijo la mujer, con una voz a punto de quebrarse pero con absoluta serenidad.

En Santiago, el general Juan Emilio Cheyre se encargó de dar la noticia oficial. “Con esto el Ejército cumple la promesa que dio”, recalcó. De inmediato, el comandante en jefe concurrió a una capilla habilitada en el edificio de la institución para darle gracias a la Virgen del Carmen por la aparición del soldado Avendaño.

Flor acudió al regimiento para reconocer el cuerpo de su hijo y volvió a Nacimiento. “Es duro, pero lo aceptamos porque estábamos preparados”, comentó, tratando de mantenerse firme y de prepararse para el entierro del cuerpo de Silverio.

“Nombres en piedra”

El 7 de julio de 2005, el Regimiento Reforzado N° 17 “Los Ángeles” volvió a congregarse a los familiares de los 45 soldados fallecidos en Antuco. Esta vez, la cita tenía que ver con una ceremonia en la que inaugurarían un memorial.

Al interior del regimiento un gran trozo de piedra, rodeada de pasto, tenía inscritos los 45 nombres de los caídos bajo el lema “Héroes de Antuco”. Se realizó una misa a su alrededor y a cada padre le fue entregada una misteriosa cajita envuelta en papel rojo.

El obsequio no era de los militares. El fraile chileno Sergio Olmedo había enviado las cajitas desde el Santo Sepulcro. “A todos los chilenos nos dolió lo que sucedió”, explicó el religioso, que mandó los regalos como un símbolo de consuelo.

En cada una de las cajitas venían cuatro botellas: una con tierra del huerto de Getsemaní, otra con aceite extraído de las aceitunas del huerto de los olivos, una con agua de las vertientes y la última con incienso. También venía un crucifijo.

“Es emocionante saber que esto vino de tan lejos, yo lo tomé con mucho cariño y voy a preparar una cajita para ponerlo junto a la bandera y la boina verde de mi hijo”, dijo Sofanor Navarrete, tras conocer la historia del regalo que recibía por la muerte de Cristián Vallejos Vallejos.

VI. Los militares que intentaron hacer lo correcto

Los nombres de los cabos Cristián Lagos Gutiérrez y Osvaldo Villegas Sanhueza salieron de la boca del general Juan Emilio Cheyre el 15 de noviembre de 2005. Ese día el comandante en jefe del Ejército hizo público el resultado del sumario interno que ofició tras la tragedia de Antuco. En el documento procedía a aplicar los primeros castigos de la institución contra los uniformados.

El sumario firmado por Cheyre ratificaba la salida de la institución de la plana mayor

del regimiento, pero también sancionaba con días de arresto y anotaciones negativas en su hoja de vida a varios oficiales que participaron en la marcha.

Para los capitanes hubo días de arresto. Alejandro Covarrubias recibió tres, Carlos Olivares cinco y Claudio Gutiérrez, igual que René Alliende, dos. Más graves fueron las sanciones para el suboficial Carlos Grandón, con siete días de arresto, y para el sargento segundo Abelino Tolosa, quien tuvo seis días de castigo. Para el cabo Cristián Hernández los días de arresto llegaron a diez.

Pero en el listado no sólo aparecían los nombres de los militares cuestionados. El comandante en jefe también enviaba sus felicitaciones a 11 hombres por su comportamiento en la marcha, pero en forma especial destacaba a dos militares que intentaron tomar medidas que pudieron haber evitado la trágica marcha en Antuco.

El cabo Cristián Lagos, de 31 años, y el cabo primero Osvaldo Villegas, de 39, habían cuestionado la orden de marchar a sus superiores y por ello eran reconocidos con una anotación positiva en sus hojas de vida. “Demostraron responsabilidad y capacidad profesional al haber representado debida y oportunamente la inconveniencia del cumplimiento de una orden”, estableció el sumario.

El día del anuncio de Cheyre, ambos suboficiales continuaban prestando sus funciones en el Regimiento Reforzado N ° 17 “Los Ángeles” y asumieron con orgullo la noticia. “Nos queda la tranquilidad de que se hizo todo lo que se pudo, pero aquí hubo muchos más que participaron. Para nosotros esta es una felicitación a todo lo que hizo el equipo

por tratar de salvarlos”, señaló Lagos, quien el 18 de mayo de 2005 era el instructor más antiguo de la Compañía Andina.

Sobre la jornada en que perdió a 14 de sus soldados, el cabo Lagos recuerda que advirtió de la necesidad de detener la marcha y regresar al refugio Mariscal Alcázar cuando ya habían iniciado la expedición. “Íbamos recién saliendo del refugio, el tiempo estaba bastante malo, el viento fuerte. Tardamos demasiado en buscar un paso alternativo para cruzar el estero y empezaron a empeorar las cosas. Ahí le hago presente al capitán que por las condiciones que estábamos viviendo era mejor regresar al refugio de Los Barros”, recuerda.

Como respuesta, el capitán Claudio Gutiérrez dijo a Lagos que seguirían caminando hasta el sector de las llamadas Piedras Contadoras. Si el mal tiempo continuaba, la tropa emprendería el retorno. El cabo insistió en volver ya, pero su sugerencia fue desestimada.

Cristián Lagos se aflige al evocar ese momento de la marcha. “Es triste, recordarlo ya es triste y difícil, frente a todo el sufrimiento que se gestó con todo eso. Si hay algo que a uno le queda para tirar para arriba es justamente por toda la gente que se salvó. Es triste, ese día estaba tan especial que estaba como para esto”.

La expresión del cabo delata su impotencia por la muerte de cada uno de los muchachos. “Tratamos de hacer algo y no se podía, lo que más se podía hacer era la decisión que tomamos con los instructores, que fue continuar con los muchachos y el que se quedaba,

nunca se quedó solo, hasta su último respiro”, cuenta, explicando que fue esa actitud lo que permitió que su unidad tuviera menos bajas que la Compañía de Morteros.

El caso del cabo Villegas fue similar. Tampoco fue escuchado, pero, a diferencia de Lagos, él hizo su recomendación un día antes de la tragedia. Villegas pertenecía a la Compañía de Cazadores, que salió a marchar el 17 de mayo y que no tuvo bajas, aunque sí soldados con síntomas de hipotermia.

“Cuando se nos avisó que marcharíamos se nos dijo que se reunían las condiciones para salir. Pero antes de realizar la marcha, por el hecho de que soy especialista en montaña, se le dio a entender al mando respectivo que lo más importante era que no marcháramos con mal tiempo, que las condiciones no se reunían favorablemente para poder marchar con los soldados ni con la unidad completa. También, por la hora escogida, salimos cerca de las 15 horas y eso no era usual para marchar en montaña, siempre se marcha temprano”, recuerda Villegas, quien se enteró en Los Ángeles de la muerte de los soldados que les seguían.

“Nunca pensamos que a los que venían tras nosotros los azotaría una tormenta peor. Cuando supimos que había fallecido gente no lo podía creer”, asegura el suboficial, quien regresó a Antuco para colaborar en las labores de rescate.

Ambos militares agradecieron la felicitación especial de Cheyre, pero admitieron que no la esperaban. “Uno cumple con lo que corresponde y hay mucha gente que se lo

merece, pero sirven bastante estas felicitaciones. Sobre todo anímicamente, porque tuvimos un golpe muy fuerte”, explica Villegas.

Lagos piensa de forma semejante. “Es un reconocimiento a la labor que se hizo con todos los instructores. Eso nos alegra, porque se hablan sólo de lo malo. Pero siempre nos quedará el recuerdo triste de lo que pasó”.

“Las primeras animitas”

El sábado 11 de noviembre de 2005, cuando el camino que bordea al volcán Antuco ya no tenía rastros de nieve y el sol inundaba la cordillera, un bus del Ejército llegó a la zona. Desde él descendieron decenas de familiares de los soldados fallecidos. En total llegaron 38 familias, acompañadas cada una por un suboficial, quien los encaminó hasta el lugar donde los cuerpos de sus hijos habían sido encontrados congelados.

La mayoría de los familiares hicieron suyo el trozo de terreno señalado y comenzaron a instalar cruces y torres con las piedras que encontraban. Así dieron por iniciada la construcción de las primeras animitas en honor a los soldados. También aprovecharon esos minutos para reflexionar.

“No pensaba que esto era así, Pensé que habían más cerritos, más bosques. Acá está todo pelado”, dijo al diario Las Últimas Noticias Corina Llaulén, madre de Miguel Piñaleo, quien dejó pan y frutas en el lugar en que había muerto su hijo. También, tras observar a su alrededor, se hizo una pregunta: “¿Cómo se iba a salvar mi hijo si acá no había cómo refugiarse?”. Juan Yáñez, hermano del conscripto David Carrasco, compartió sus dudas: “No me satisface lo que se ha realizado hoy, porque sigue la pena y yo pienso que el lugar que me mostraron no es dónde murió mi hermano”.

VII. El largo viaje a Santiago

Agotado, pero confiando en el valor de su esfuerzo, un hombre mayor y canoso se bajó del bus que lucía el cartel “Los Ángeles-Santiago”. Sofanor Navarrete había dejado sus tierras, en la pequeña localidad de Munilque, para viajar a Santiago la mañana del 9 de febrero de 2006, junto a su mujer y a un grupo de familiares de los 45 soldados muertos en la tragedia de Antuco.

Desde luego, no se trataba de un simple paseo. Sofanor había subido al bus a las 8 de la mañana para recorrer los 517 kilómetros que separan Los Ángeles de la capital con un sólo objetivo: ver los rostros de los hombres que estaban al mando del Regimiento N° 17 Reforzado “Los Ángeles” el 18 de mayo de 2005.

El ex coronel Roberto Mercado, el ex mayor Patricio Cereceda y el ex teniente coronel Luis Pineda habían logrado la libertad bajo fianza en los meses previos, pero ese día

debían concurrir a la Corte Marcial para notificarse de sus condenas por la muerte de los 45 soldados en Antuco. También estaban citados los capitanes Claudio Gutiérrez y Claudio Olivares, junto a los suboficiales Abelino Tolosa y Carlos Grandón.

El día era difícil y los familiares de los muchachos llegaron a las 15 horas a Santiago, preparados con consignas y carteles. “Me tiembla la voz, estoy nerviosa”, comentaba una de las madres en las afueras del Palacio de Tribunales, mientras recibía el anónimo apoyo de los santiaguinos que transitaban por el lugar. La citación para los militares era a las 16:30 horas.

“Uno quiere que las condenas sean lo que más se pueda”, confesaba afuera del tribunal José, padre del conscripto Esteban Díaz, mientras aguardaba junto a la puerta de la corte, con una foto de su hijo, el arribo de quienes alguna vez fueron los superiores del muchacho.

A las 16:15 comenzaron a llegar los procesados. Mercado lo hizo vestido de civil, pero no siguió la misma conducta el ex teniente coronel Luis Pineda, quien, como parte de la plana mayor del regimiento, había sido dado de baja junto a Cereceda y a Mercado el 11 de noviembre de 2005. Los familiares, indignados, las emprendieron a los gritos contra este último. “Sácate el uniforme Pineda, con que cara miras para atrás”, lo reprendió un grupo de madres que llevaban las fotos de sus hijos en las manos.

En medio de ese ambiente llegó al tribunal Patricio Cereceda, el hombre que siempre concentró la mayor ira de los familiares. Vestido de terno, más delgado de lo que se le

recordaba y con la cara sin expresión, Cereceda caminó raudo junto a su mujer. Hasta ese día el ex mayor sólo se había contactado con los familiares de los conscriptos por intermedio de una carta. La misiva fue enviada al diario La Tribuna, de Los Ángeles, y publicada días antes de Navidad.

“Nada nos permitía presagiar la triste suerte que correrían (los soldados). Lo impredecible del tiempo y aquella situación excepcional del viento blanco fue la causante de tan terrible tragedia”, explicaba el ex militar en su mensaje, donde también decía que quería reunirse con los familiares para contarles lo que sus hijos alcanzaron a hacer durante la campaña.

Lo que ocurrió en tribunales no fue fácil para Cereceda. Los familiares dejaron salir en este primer encuentro la ira que guardaban por casi un año y le gritaron todo lo que sentían. “Asesino”, fue lo más suave que se escuchó.

El ex mayor procuró no mover un músculo del rostro. No intentó pedir disculpas ni calma. Ingresó raudo entre los empujones. La gente se abalanzó contra él. Las puertas de la Corte Marcial impidieron que los familiares siguieran observando al ex militar, pero no pudieron evitar que el brazo de uno de los padres cruzara el umbral y le propinara un fuerte golpe en la cabeza al ex mayor.

Ya lejos de los familiares, la esposa de Cereceda fue llevada a una pequeña sala lateral, donde las mujeres de otros dos procesados lloraban e intentaban reponerse del pánico que las había envuelto tras el tenso ingreso al tribunal.

Las noticias que siguieron para Cereceda no fueron las que él esperaba. El hombre, por dictamen de la Corte Marcial, había sido condenado a pasar cinco años en la cárcel. Era el único de los uniformados contra quien se dictaba una orden que lo privaría de su libertad por los cargos de cuasidelito de homicidio e incumplimiento de deberes militares. El fallo fue duro con el ex mayor.

“No reflexionó ni ponderó las advertencias del referido personal, mostrando poco criterio y nula capacidad en cuanto a lo que era más aconsejable para efectuar el repliegue de su batallón, sin apreciar debidamente que la actividad era de por sí riesgosa, lo cual se ve agravado, porque en ella participaba personal inexperto”, reclamó Arab en el fallo.

A los demás militares el ministro en visita otorgó castigos mínimos. El ex coronel Roberto Mercado recibió 3 años de pena remitida por el cargo de incumplimiento de deberes militares, ya que como jefe del regimiento iba contra las normas él que no estuviese en Antuco vigilando el desplazamiento de los soldados y a cambio asistiera a un acto protocolar en otra unidad. Para el ex teniente coronel Luis Pineda, la pena fue de 541 días de presidio remitido por el mismo delito, ya que no había cumplido con sus funciones de asesor en el regimiento y tampoco intervino a tiempo para evitar la crisis en la montaña.

Los militares que seguían en la jerarquía recibieron penas menores. El capitán Claudio Gutiérrez fue condenado a 800 días remitidos como autor de cuasidelito de homicidio,

al igual que el capitán Claudio Olivares. Ambos habían cometido el error de continuar la marcha tras cruzar el estero El Volcán, a sabiendas de que ello no era óptimo para los soldados. Los suboficiales Grandón y Tolosa tuvieron mejor suerte, ya que finalmente fueron absueltos.

Patricio Cereceda quedó sorprendido. Escuetamente comentó que no esperaba un castigo de estas características, ya que creía que el argumento de que él desconocía la alerta climática decretada por la Onemi lo liberaría de culpa. “Me sorprende el resultado de la justicia, es la primera instancia y ya presentamos la apelación. Hay que esperar qué es lo que pasa en las instancias que siguen al proceso”, advirtió.

Respecto a los gritos y al golpe que recibió, el ex mayor alegó que “es una situación que no debería ocurrir”. Pero sus palabras no bastaron a los familiares. Enterados de que sólo uno de los militares iría a la cárcel de confirmarse el fallo de primera instancia, la desilusión y la rabia se apoderó de ellos. Para asegurarse de que sus reparos fueran oídos, rodearon el palacio y persiguieron a Cereceda cuando este salía a toda prisa del tribunal. El ex mayor terminó oculto en una galería comercial del centro de Santiago y su esposa sólo dijo al salir: “Dios sabe por qué hace las cosas”.

Al otro extremo, Margarita Herrera observaba lo ocurrido con su nieto en brazos. “Teníamos pocas esperanzas. Pensábamos que nos iban a escuchar, porque son 45 muertos. No son mascotas ni tampoco indigentes. Eran niños llenos de vida. Me parece una burla. Las personas humildes como nosotros no tenemos justicia”, lamentó la madre del conscripto Ricardo Seguel.

Paulina, hija de Margarita, fue más drástica. “Tuve ganas de agarrarlo y destruirlo con las manos”, dijo sobre Cereceda. Alfonso, hermano del conscripto Esteban Díaz, no se quedó sólo en deseos y se encargó de lanzarle una botella plástica al juez Juan Arab cuando este salía de tribunales. El muchacho fue detenido.

El juez se dio tiempo para hablar y explicar su decisión a la prensa. “El tribunal actuó dentro del marco legal. Las personas fueron procesadas en su oportunidad por cuasidelito de homicidio e incumplimiento de deberes militares. Como ninguna de las partes apeló, salvo el coronel Mercado y el mayor Cereceda, la Corte Marcial, por unanimidad de sus miembros, mantuvo la calificación jurídica que había hecho el tribunal”, explicó, dejando ver de paso que los abogados de las víctimas no habían reclamado jurídicamente un cargo mayor para los militares.

En medio de esa batahola, Roxana Vargas decidió hablar. La esposa del sargento Monares siempre había preferido el silencio tras la muerte de su marido, pero tal vez esa tarde pensó que ya no tenía nada que perder. “Luis sentía a los soldados como a sus hijos, por eso se quedó con ellos. Pero ya pasó. Ellos (el Ejército) se quedan con la vergüenza y a nosotros nos toca estar llenos de orgullo, porque los nuestros fueron muy hombres”.

Sofanor prefirió volver a la calma. “Teníamos que estar aquí por el Cristián”, se repitió así mismo, conformándose con haber estado presente en el día más importante del proceso.

Pero el viaje de los familiares no había terminado en tribunales. Tras tomar un descanso, lentamente caminaron hacia el Palacio de La Moneda. Allí se les autorizó para hacer una velación en la Plaza de la Constitución.

Esperaron la oscuridad de la noche y cuando ésta llegó iniciaron el ritual. En un gran círculo se instalaron 45 velas, iluminando cada una de las fotografías de los muchachos caídos. Angélica Monares, ya convertida en presidenta de los familiares de las víctimas de Antuco, iba mencionando a viva voz los nombres de los fallecidos. Pese a que estaban en el corazón de Santiago, ninguna figura política, ni de ninguna clase, llegó a acompañar a los familiares.

En una pantalla gigante también pasaron las imágenes de los muchachos fallecidos y Monares leyó escritos de los familiares. “Nunca pensé que eras el primero en la lista de fallecidos. Que nadie olvide que te sacaron como un pollo de un refrigerador”, narró, antes de que comenzara a sonar una triste canción sobre la marcha.

Otro escrito cuestionó al comandante en jefe del Ejército. “Con certeza le digo general Cheyre que no será recordado por la modernización del Ejército, sino como el que no quiso declarar en el caso que dejó a 44 soldados y a un sargento muertos como animales”, decía el mensaje. Los familiares siempre habían insistido en que los altos mandos del Ejército debían responsabilizarse por lo ocurrido y, aunque los abogados habían insistido en pedir al juez Arab que citara al general Cheyre y el jefe de la Tercera División, Rodolfo González, ambos sólo contestaron preguntas por oficio y

nunca fueron procesados.

Sofanor Navarrete prefirió concentrarse en la ceremonia. Con hidalguía, trataba de mantenerse firme y se impuso como misión mantener las velas encendidas, recibiendo con cariño las palabras de los transeúntes que se unían a la ceremonia sin poder evitar las lágrimas. En la pantalla apareció la frase: ¿Será necesario esto para hacerse hombres?

Tras la conmovedora ceremonia, los familiares tomaron sus cosas y partieron al terminal de buses. Ya se había cumplido con el objetivo del viaje, era hora de volver a casa.

La renuncia del general

El principio del honor militar. Esa fue la explicación que dio el jefe de la Tercera División del Ejército, general Rodolfo González, para solicitar su retiro del Ejército el 11 de noviembre de 2005.

Voluntariamente, el hombre que tenía a su cargo la supervisión del Regimiento Reforzado Número 17 “Los Ángeles” optó por irse de la institución, aún cuando no fue procesado por la justicia militar ni incluido en el sumario administrativo del Ejército. Sin embargo, el mismo González se autoexcluía, explicando que “teniendo en cuenta que ha sido sancionado personal de una unidad perteneciente a la división que comando, he estimado pertinente reiterar mi solicitud de retiro absoluto del Ejército de Chile, la que se funda básicamente en el principio del honor militar”.

Es más, en su última conferencia de prensa recalcó que “aquellos que tienen algún tipo de responsabilidad, ya sea administrativa, judicial o solamente una responsabilidad formal en los hechos que costaran la vida de 45 camaradas de armas, deben asumirla por un concepto del honor y del deber militar, que son principios que no se transan”.

Angélica Monares, representante de los familiares de las víctimas, observó con recelo la dimisión. “Aceptan la renuncia del general González dos horas antes de cerrar el proceso, eso va a quedar en la nebulosa. Y nosotros seremos sureños, pero no somos tontos. Yo sé leer, se escribir, y tonta no soy. Este fue un crimen, mataron a sus camaradas, se metieron la lealtad del uniforme militar en cierta parte, porque lo único que hicieron fue salir arrancando. Si esto hubiese sido una batalla de verdad, ¡que vergüenza! Nos invaden hasta el living de la casa”.

VIII. Los secretos del expediente

Para explicar las condenas que dictó por la muerte de 44 soldados conscriptos y un sargento segundo en Antuco, el juez militar Juan Arab utilizó 454 páginas. En ellas plasmó los argumentos que utilizó para sentenciar a cinco militares como culpables de la peor tragedia del Ejército chileno en tiempos de paz, y para aclarar que tamaño desastre no había sido provocado simplemente por un fenómeno climático. Pero el expediente completo superaba las cuatro mil páginas. En los gruesos tomos quedaron guardados una serie de secretos, declaraciones, contradicciones y tristes revelaciones de lo que había pasado, incluso antes de que la campaña comenzara.

La marcha de errores del Ejército chileno se había iniciado, al menos, en abril de 2004. De esa fecha data una solicitud emanada del regimiento de Los Ángeles hacia el jefe de la Tercera División, pidiendo que se le proveyera a la unidad de nuevos recursos: los equipos de comunicación no funcionaban y se les hacía urgente la adquisición de un teléfono satelital; faltaban tenidas Gore-Tex para poder vestir a todos los soldados, y no tenían capacidad para dar una buena alimentación a los conscriptos. La petición había sido reiterada en diciembre de ese mismo año y en enero de 2005, pero a Los Ángeles no llegó ninguna respuesta.

En el expediente también se revela que la decisión de modificar el lugar de la campaña

de instrucción no sólo tuvo que ver con la instalación de un basural en el predio de Laguna Verde en 2004. El fundo, que los últimos cuatro años había sido usado para realizar la instrucción básica de los conscriptos, no pertenecía al Ejército. Su propietario era un hombre de la zona, conocido por ser amigo del regimiento. Pero habían tenido problemas. En la última campaña, mientras los conscriptos practicaban en los polígonos de tiro, “terceras personas habían resultado heridas”, explicó el coronel Roberto Mercado en su declaración.

Respecto al proceso de instrucción de los muchachos, una serie de documentos muestra una ordenada planificación de lo que sería el año militar para los conscriptos. Todos estos planes estaban firmados por el mayor Patricio Cereceda, quien declaró que asumió su cargo en el regimiento el día 14 de febrero de 2005 y que había obtenido la especialidad de montaña en 1987, pero, según explicó, “no había servido en unidades de montaña desde la realización del curso”.

En el organigrama, el mayor programó el 4 de abril de 2005 para recibir al contingente. Ya ese día se sabía que la primera salida a terreno estaba fijada para el 5 de mayo. El objetivo de los primeros meses era cumplir con el subperiodo de combatiente básico, en el que cada uno de los muchachos debía quedar capacitado para “aplicar los temas de adoctrinamiento y combate diurno y nocturno, permitiéndole orientarse, desplazarse, protegerse y emplear su armamento, bajo condiciones climáticas atmosféricas en la zona donde se desenvuelve”.

Cereceda, en su planificación, también advertía que “el personal de todos los grados

observará, practicará y controlará estrictamente un trato digno y correcto a los soldados conscriptos, prohibiéndose insultos, groserías y maltratos”. Esto obedecía a las intenciones del Ejército de instar a un nuevo trato, alejándose de la figura arquetípica del instructor que entrenaba a sus hombres sin piedad. Una imagen que, además en Chile, se veía realizada por el rol represor que ejerció el Ejército mientras estuvo al mando Augusto Pinochet, tras el golpe de Estado de 1973.

En vista de estos objetivos, la distribución de Cereceda consideraba ocho horas de instrucción en el regimiento, incluyendo también una serie de charlas sobre derechos e incentivos del Servicio Militar. Incluso se programaron talleres de drogas y educación sexual. Paradójicamente, también se incluyó una conferencia sobre prevención de riesgos.

Y aunque el general Juan Emilio Cheyre, en el sumario interno, insistió en que no existía en la planificación de la campaña una marcha como la de Antuco, el informe de Cereceda incluye, entre los días 16 y 20 de mayo, la realización de “marchas y campamentos”.

Un aspecto que llama la atención es la falta de claridad de Cereceda respecto al número del contingente a su cargo. En el primer cuadro estadístico del informe aparece la suma de 272 soldados, pero el listado de los conscriptos adjunto considera 385 nombres. Ya en la montaña, Cereceda ofrece otra lista en la que los conscriptos suman 378, además de 17 oficiales y 90 efectivos del cuadro permanente. El día de la tragedia, en tanto, el Ejército informó que en 2005 fueron 369 los soldados conscriptos que ingresaron a la

unidad de Los Ángeles. Tal vez esto explica la confusa lista de desaparecidos que entregó el Ejército cuando se desató la tragedia.

Respecto al equipamiento que se llevó a la campaña, quedó establecido que en los almacenes del regimiento existían 407 tenidas Gore-Tex para montaña, y que sólo 135 de ellas eran para el uso de los conscriptos. Estas, en todo caso, ni siquiera fueron utilizadas en la trágica expedición. A pesar que el capitán Claudio Gutiérrez las solicitó para sus soldados, Cereceda se negó, para no afectar la “uniformidad” de la tropa al no tener vestuario para todos.

Sobre lo que había ocurrido mientras los soldados se encontraban en Los Barros, días antes de marchar de regreso, los propios conscriptos se atreven a hacer denuncias en sus declaraciones. Como la que menciona Abdán Cifuentes respecto al consumo de alcohol en el campamento. “Un día viernes o sábado, antes de la marcha, mi teniente Aguilera y otros instructores de la compañía, nos dieron a beber vino tinto en un casco. Nos dijeron que con eso nos íbamos a hacer más hombres”.

El conscripto Rodrigo Morales también asegura haber visto consumo de alcohol en la campaña, aún cuando el reglamento establece ley seca. “La gran mayoría de los oficiales ascendidos (en una ceremonia) bebieron”, dice el muchacho, que apreció vino, whisky y cerveza. Un año más tarde, el programa de televisión El Termómetro, de Chilevisión, mostraría un video con imágenes de dicho festejo, en las que se veía como los ascendidos debían colocarse en fila y beber de vasos que estaban pegados a un esquí.

Sobre el día antes de marchar, Morales cuenta que, ante la evidente diferencia entre los vestuarios que utilizaban, sus superiores le dijeron que “el Ejército era pobre y por eso no había uniformes para todos”. Como recomendación, los instructores sugirieron a los soldados “que hiciéramos lentes (para la nieve) con botellas plásticas”.

También sorprende la declaración que hizo el soldado Walter Oliva sobre lo ocurrido la mañana del 18 de mayo. Oliva relata que, cuando dio la orden de partir, el mayor Cereceda estaba vestido con bata y pantuflas. Otros soldados, sin embargo, niegan esa versión en sus declaraciones judiciales, e insisten en que el mayor estaba debidamente uniformado y que antes de salir escucharon a los oficiales discutir sobre la marcha. Algunos instructores, afirman, le recomendaron a Cereceda evacuar a la gente en botes o esperar hasta el viernes 20 de mayo a que pasara el mal tiempo.

La soldado Cecilia Salazar, de la compañía de Plana Mayor y Logística, recuerda que tuvo que quedarse en el refugio porque estaba enferma y que la mañana del 18 de mayo “me impactó que los soldados de la Morteros antes de salir rezaban, pues afuera el tiempo estaba muy malo”.

Pero la marcha comenzó. Sólo siete soldados de la Compañía de Morteros y nueve de la Andina pudieron evitarla porque estaban enfermos. Los demás debieron salir a marchar el miércoles, aunque en la planificación original no les tocaba. A ambas compañías, según en el plan de marcha, les correspondía salir el día 19, y el miércoles era el turno de las compañías de Cazadores y de Plana Mayor. El capitán de los Cazadores, Gabriel Alliende, previó que el mal tiempo podía empeorar y pidió permiso

al mayor Cereceda para marchar el martes 17. Alliende fue autorizado y tuvo la fortuna de que el estero El Volcán estaba congelado cuando su compañía lo cruzó. El hielo sólo se quebró horas más tarde, cuando dos camiones intentaron pasar. Cereceda había sido advertido de la preocupación por el mal tiempo, pero no tomó ninguna medida.

El miércoles 18, cuando las compañías de Morteros y Andina debieron cruzar el estero, la mayoría de los soldados se mojó. Así lo declararon los muchachos, aunque los capitanes Gutiérrez y Olivares insisten en que aquello no afectó a todos los conscriptos. Gutiérrez incluso dice que fueron sólo cinco los soldados de su tropa que se mojaron.

Es más, el capitán Olivares asegura que sus soldados afrontaron la marcha con ánimo: “Habíamos visto marchar el día anterior a la Compañía de Plana Mayor y Logística, con el contingente femenino, lo cual constituía una especie de motivación para la unidad. Como diciendo, si marchaban ellas ¿por qué no nosotros?”, afirma. Según su explicación, el que las mujeres hubiesen podido enfrentar la caminata con mal tiempo significaba que los hombres no tendrían por qué tener problemas. Todos los que alertaron sobre las inseguras condiciones estaban exagerando.

De la marcha misma, el soldado Diego Vidal, de los Morteros, declara: “Yo no vi morir a nadie, me imaginaba que estaban cansados y que se levantarían”. Su compañero Francisco Anabalón, de la misma compañía, opina que varios de sus pares pudieron haberse salvado, ya que él le recomendó al suboficial Carlos Grandón detenerse en el refugio de la Universidad de Concepción, pero éste, a quien se le había ordenado salir a dar la alerta al frente de la compañía, no quiso quedarse. Grandón dijo

que faltaba poco, cuando en realidad aún les quedaban tres horas de marcha. “(En estos últimos kilómetros) cayó la gran mayoría de los soldados, unos 14. Quisiera consignar también que ninguno de mis compañeros fue socorrido”, precisó Anabalón al juez.

De los 48 soldados de la Compañía de Morteros que marcharon, sólo sobrevivieron 18. En el caso de la Compañía Andina, fueron 71 los que iniciaron la marcha y 14 los que murieron. Los relatos de los sobrevivientes de esta última compañía que aparecen en el expediente dan cuenta de más errores. Narran que les hicieron marchar con mochilas que pesaban 30 kilos y que, cuando los instructores pidieron al capitán Gutiérrez aligerar la carga, éste se negó. Además, el 18 de mayo ellos debían salir a las 8 de la mañana, pero una carpa había quedado armada. El mismo Gutiérrez ordenó a los soldados desarmarla y la marcha se retrasó una hora, para que alcanzaran a secar sus ropas tras las labores que habían realizado bajo la lluvia. La mayoría de los muchachos describe que no alcanzaron a calentar sus uniformes.

El conscripto Javier Cea recuerda también el momento en que se encontró con el soldado Miguel Piñaleo tirado en la nieve. “Decía que quería dormir un momento”, recuerda el muchacho.

Sobre las causas de la tragedia, muchos soldados no tienen claro qué sucedió. Algunos creen que les faltó una buena alimentación, otros opinan que sus amigos cayeron por falta de resistencia y otros suponen que pudo ser la falta de experiencia, aunque reflexionan que, en ese caso, deberían haber muerto todos.

El conscripto Simón Uribe da otra explicación. “Yo me sentí apoyado por un solo instructor, mi cabo Riquelme, quien me decía que faltaba poco y que mi familia me estaba esperando. Por lo que vi, muchos de mis compañeros quedaron abandonados a su propia suerte, ya que no fueron auxiliados por quienes tenían más capacidad física, preparación y experiencia”.

El enigma de las comunicaciones

En medio de la tragedia hubo una serie de comunicaciones radiales entre los capitanes de las compañías de Morteros y Andina con Cereceda. También de este último con el regimiento, pero las versiones de lo que se dijo no suelen encajar.

Sin duda, el aspecto más grave relacionado con las difíciles comunicaciones radiales tiene que ver con la información que escuchó Cereceda el 18 de mayo, a las 11 horas. Varios oficiales afirman que el capitán Olivares, de la Compañía de Morteros, llamó para advertir que tenía a cuatro soldados en grave estado de hipotermia y que el paramédico del refugio le dio instrucciones para atenderlos. Cereceda dice que a las 11:30 proporcionó tales antecedentes al teniente coronel Luis Pineda, en el regimiento, pero éste desconoce tal comunicación. Sólo después de varias declaraciones ante el juez militar, Pineda admite que le dijeron que la Compañía de Morteros venía “con problemas”, pero que nada le dijeron sobre la hipotermia, por lo que él recién se enteró de la muerte de los soldados a las 15 horas del 18 de mayo, momento en que informó al coronel Mercado. A esa hora, el capitán Claudio Gutiérrez reconocer también haber informado que los soldados que él debía socorrer habían muerto en el refugio de

circunstancias. Al menos tres vitales horas para salvar a los muchachos habrían sido desperdiciadas.

El capitán Carlos Olivares mantiene su versión. En su declaración dice que en el refugio de circunstancias logró contacto radial con Los Barros e informó que tenía cuatro soldados con hipotermia y que necesitaba ayuda, pero “no hicieron nada”. Advierte que también pidió que se suspendiera la marcha de la Compañía Andina, pero esta ya había salido. “Creo que el accidente pudo haberse evitado si Cereceda hubiera tomado en consideración el pronóstico del tiempo que estaba en conocimiento de él y de toda la gente del refugio”, alega Olivares, quien había recomendado retrasar las marchas hasta el viernes 20 de mayo.

Los reglamentos

Otra sorpresa que ofrecen las páginas de la investigación tiene que ver con el actuar de la Tercera División del Ejército. Esta entidad, como el ente superior de los regimientos de la zona, debía velar por el cumplimiento de las campañas en buena forma. Es más, el mismo general Rodolfo González admite que un oficial delegado debía haber acudido a supervigilar la campaña de Antuco, pero que no lo hizo “debido exclusivamente a que las condiciones atmosféricas no permitían cumplir lo objetivos de visita en terreno”. Tal respuesta no hace más que acrecentar las dudas: si un supervisor no fue capaz de subir, no se entiende por qué no dio alguna alarma ni se exigió a los superiores del regimiento un plan para saber cómo resolverían la crisis que se avecinaba.

Sobre los aspectos reglamentarios, en el documento reservado de la comandancia en jefe en el que se instruyen los sumarios internos, el general Cheyre resta cualquier tipo de responsabilidad a su jefe de división y, por ende, a sí mismo.

El comandante en jefe recalca que en el último instructivo sobre marchas, de 5 de mayo de 2005, se refuerza el concepto de “gradualidad” en la carga de labores de los conscriptos, y que una marcha de 24 kilómetros era absolutamente ilegal.

Respecto a la falta de medios de comunicación, de vestuario y de alimentación para el regimiento, Cheyre tampoco asume responsabilidad. Para ello cita el artículo 20 del Reglamento de Disciplina para las Fuerzas Armadas, y destaca que “es un deber militar, antes de dar una orden, reflexionar si con su ejecución pueden resultar graves males”. Además, menciona el Reglamento de Operaciones, que obliga a ser realistas y utilizar “los recursos existentes”. Cheyre termina diciendo que el Regimiento de Los Ángeles “tiene exigencias absolutamente distintas que otras unidades de montaña, las que, para su cometido, cuentan con los medios que cada situación exige”. Por tanto, no era justificación el haber salido a campaña, en un refugio precordillerano, sin equipos para la nieve.

Por otro lado, los militares procesados aportan datos respecto a la supuesta ilegalidad de la marcha de Los Barros a La Cortina, y se defienden con un documento. Citan la circular de Instrucción Número 4, de marzo de 2005, en la que se destaca la marcha de 20 kilómetros que había hecho el regimiento de Coyhaique en el mes de marzo.

Como un simple recuerdo queda en el expediente el Reglamento de Instrucción Táctica de Montaña, donde se manifiesta que es fundamental la previsión del tiempo atmosférico y evitar las marchas de más de seis horas. Allí también se recuerda que “el peor enemigo del montañés es el frío y deben adoptarse todas las medidas tendientes a evitar los congelamientos”.

Las autopsias

Sin duda, las páginas más dolorosas del expediente de Antuco tienen que ver con las pericias realizadas por el Servicio Médico Legal. Se trata de las autopsias de los 45 fallecidos, que son acompañadas por imágenes del proceso tanatológico. En la fase final de cada una de ellas, la causa de muerte es “hipotermia accidental”.

En las conclusiones se precisan dos elementos que sorprenden a los forenses. “Llama la atención del médico legista que la gran mayoría de los fallecidos estaban en condiciones nutricionales límites, algunos de ellos bajo su peso normal, y que ninguno de ellos tenía alimento o vestigio de alimento en su estómago. Destaca también que la gran mayoría contenía en su estómago mucosidades provenientes de la vía traqueobronquial, lo que hace sospechar que presentaban algún grado de patología bronquial”.

La conclusión es estremecedora: la mayoría de los muchachos habían terminado enfermos tras participar en la campaña y todos habían salido a marchar con una alimentación absolutamente insuficiente.

Este último punto no resulta extraño. Los testimonios de los sobrevivientes coinciden a la hora de recordar su desayuno de la mañana del miércoles 18 de mayo. Los soldados de Morteros recibieron un pan con manjar o mermelada, un tazón de leche con té o café y una manzana. Los de la Compañía Andina sólo probaron medio tazón de leche y un pan.

A ninguno de los soldados se les había suministrado oficialmente una colación para el largo camino que tenían por delante, contraviniendo los concejos del Reglamento de Montaña, dónde se indica la necesidad de consumir alimento cada una hora y también una ingesta mínima de 4.500 calorías para una marcha de tales características. La ración que había recibido cada uno de los soldados superaba apenas las 400 calorías.

Sin embargo, el documento “Ración de campaña 2005”, del Estado Mayor del Ejército, con fecha de agosto 2005, describe el desayuno legalmente instituido como un café o té con leche, pan de guerra y un sachet de manjar, mermelada o margarina.

Entre los informes de las muertes, sólo dos presentaban diferencias. Uno era el correspondiente a Milton González, quien fue encontrado tres semanas después de la tragedia. “Presenta pérdida de tejido abundante en el rostro y cuenca en pabellón auricular derecho en su totalidad, con signos de haber sido provocado por acción de animales silvestres”, decía la autopsia. El muchacho tenía además lesiones en una mano y en su muslo.

El informe de Silverio Avendaño, el último soldado rescatado de Antuco, también era distinto al de sus compañeros. Él sufrió un edema cerebral agudo y un edema pulmonar con hemorragia. En su caso, la fauna de la zona no había atacado su cuerpo, pero presentaba otro tipo de heridas ocasionadas después de su muerte. “Se encontraron signos de cercenamiento del pie derecho, al parecer, por efecto de golpe con objeto contundente, posiblemente durante las maniobras de extracción del cuerpo de la nieve”, decía el documento.

Las últimas horas del sargento Monares

El enigma de la muerte de sargento Luis Monares no queda completamente resuelto en las páginas del expediente. Las versiones son encontradas. Supuestamente, el rancharo quiso bajar junto con los soldados para poder cocinarles, ya que estaba preocupado por que no habían bajado bien alimentados. En el trayecto enfrentó el viento blanco. El capitán Olivares recuerda haberse encontrado con él. “Estaban bien, tomando jugo con algo de aguardiente, por eso seguimos con los instructores tratando de salvar a los otros soldados que caían un poco mas allá”, aseguró en su declaración.

Al menos tres horas más tarde, el capitán Claudio Gutiérrez agrega que también vio a Monares, refugiado bajo un poncho junto al soldado conscripto Luis Peña. “Le cambiamos las botas mojadas al soldado Peña, le pusimos zapatillas y cubre botas de goma, y ambos continuaron la marcha escoltados por los cuatro instructores que dispuse retomaran contacto con la compañía”, declaró el militar. Al parecer, Monares también cambió sus zapatos y por eso fue encontrado con zapatillas en la nieve.

El sumario interno del Ejército cuenta otra historia y castiga al cabo Cristian Hernández Zapata, de la Compañía Andina, con diez días de arresto. Durante la tormenta, dice la investigación, “en difíciles condiciones físicas y de agotamiento, arrastrando asido a su mochila al sargento segundo Luis Monares Castillo, no detiene su marcha al percatarse que éste se soltara”.

El bochorno del informe del tiempo

Un aspecto que siempre estuvo en tela de juicio fue el cómo se pudo ordenar una marcha a 1.300 metros de altura sin haberse consultado antes el informe meteorológico. Según lo que se desprende del fallo, hubo una particular historia que lo explica. Quien la cuenta es el mayor José Quinteros, que trabajaba en el Departamento de Inteligencia y Operaciones del regimiento. El militar, que no era especialista en montaña, explica que, aún cuando no recibió ninguna solicitud al respecto, antes de que los soldados subieran a la cordillera “le entregué al comandante del batallón de infantería, mayor Patricio Cereceda, el pronóstico que obtuve de internet (en la página Accuweather.com), que no alcanzaba a cubrir todos los días que la unidad permanecería en campaña en Los Barros”.

El mayor Quinteros dice también que subió a la campaña el día 12 de mayo, y niega que Cereceda le hubiese pedido un informe del tiempo de los días restantes.

La historia del hombre de inteligencia continúa. Cuenta que el día domingo 15 de mayo se contactó por radio con el mayor Cereceda y le preguntó por el estado del tiempo. “Éste me informó que el día estaba maravilloso. Yo le manifesté que tuviera cuidado con el tiempo, porque se aproximaba otro frente que afectaría a la zona la semana del 15 al 20 de mayo, y él respondió ¿otro frente de nuevo?”.

Antes de terminar esta última conversación, Cereceda pidió a Quinteros que le enviara el pronóstico del tiempo de internet, pero éste no lo hizo. El comandante del batallón, en tanto, afirma en su declaración que pidió el informe el día 12 de mayo, porque “el tiempo no se veía bueno”.

“No le pude enviar (el informe) porque no tenía acceso a internet en ese momento y el próximo vehículo que debía salir al refugio Los Barros lo hacía el lunes 16 de mayo de 2005, temprano en la mañana”, se justifica Quinteros. Luego, explica al juez que el lunes 16, a las 18 horas, se retiró con permiso desde el regimiento. “Fui despachado por el comandante del regimiento para estudiar y prepararme para la fase presencial del curso de informaciones (que hacía a distancia)”. El militar regresó el 18 de mayo, para ayudar cuando la tragedia ya se había desatado.

“Volcán Antuko”

Con el pelo corto, pantalón militar y ataviado de una bata. Así aparece Vicente Ruiz sobre el escenario, mientras nueve jóvenes actores, vestidos de uniforme militar, intentan resistir su intensa mirada. Se trata de la primera escena de “Volcán Antuko”, una obra de teatro basada en la tragedia de los 45 soldados.

“Tomamos los textos originales del juicio, suponemos que es lo más verdadero, porque lo hemos leído todo. No estamos representando una recreación de la situación, por respetar el dolor de las personas y porque es imposible: estamos con estufa, en una sala calefaccionada, con jóvenes alimentados. No podemos ni en un momento compararnos con la situación que se vivió”, dice Ruiz, a horas del estreno.

El reconocido artista cuenta que la obra le ha calado hondo. “Hacer una obra sobre Antuco me ha transformado como artista, nos ha transformado mucho. Al conversarlo cada uno ha tenido que vivir sus propios congelamientos, porque todos enfrentamos advertencias todos los días”, reflexiona.

Antes de prepararse para ir a escena, el actor plantea la lección que saca de Antuco. “El problema es que toda la sociedad chilena debe revisar el que permitamos un mundo que ya no nos sirve, con esta jerarquización que nos dice lo que la gente tiene que hacer. Esos jóvenes debieron haberse negado a ir a marchar, aunque se los hubieran llevado presos”.

IX. Las confesiones de coronel

En su casa, en la comuna de Providencia, Roberto Mercado es seguido a cada rincón por un pequeño perro, bautizado con el nombre de “Caho”. “Me lo regaló mi señora y

ha sido toda una terapia, porque me ha ayudado a pensar en otras cosas y no sólo en lo ocurrido en Antuco”, confiesa el ex militar, quien era la máxima autoridad del Regimiento Reforzado N° 17 “Los Ángeles” el día de la peor tragedia del Ejército chileno en tiempos de paz.

Un año antes de este encuentro, Mercado estaba recién acomodándose en la Octava Región, donde por primera vez asumiría el mando de un regimiento. Pero las cosas cambiaron brutalmente el 18 de mayo de 2005, cuando fue relevado del mando de su unidad por el comandante del Ejército, Juan Emilio Cheyre, y más tarde dado de baja de la institución y procesado por la justicia militar por la muerte de los 45 soldados. Él era el superior del mayor Patricio Cereceda, el hombre que dio la fatal orden de marchar.

Al momento de realizarse esta entrevista ya han pasado diez meses de la tragedia y el antiguo coronel pronto tendrá que dejar la casa en que habita, propiedad del Ejército. Hace tres días fue notificado por el juez del caso, Juan Arab, de que deberá cumplir una condena de tres años por su responsabilidad en la tragedia. Por no contar con antecedentes penales, se le otorgó el beneficio de la pena remitida.

Mercado se muestra tranquilo. Hasta antes del dictamen no había querido dar entrevistas, pero ahora se siente con la libertad de contar su versión de la tragedia, de cómo ha vivido estos meses tras la muerte de los soldados, y también de cuestionar públicamente el actuar del propio Ejército que él integró.

“Yo no voy a decir que soy otra víctima más de Antuco, me parece que sería una burla, pero sí hemos sufrido, hemos tocado fondo y hemos ido de a poquito saliendo”, admite, de la mano de su esposa Ximena, que lo ha acompañado en los tratamientos psicológicos a los que se ha sometido para afrontar las repercusiones de la tragedia. “Cuando había visita para los soldados en el regimiento íbamos familia por familia diciendo que se los íbamos a cuidar, que iban a salir con un valor agregado, que se los íbamos a devolver más sanitos. ¿Con qué cara miro yo a esas 44 madres, 44 pololas, a esos 44 padres, con qué cara miro a la señora Roxana de Monares, si su marido no tenía porque marchar? Ese es un dolor que no nos lo vamos a poder sacar nunca”, explica.

Mercado dice que asume su responsabilidad en lo ocurrido, aunque cree que su condena fue injusta y su defensa pidió su absolución. Para él, lo relevante es que hay más responsables de la tragedia y que éstos no fueron juzgados.

“Personas que debieran haber estado procesadas o que debieran haber sido castigadas con mayor firmeza han eludido la acción de la justicia. Hay subalternos míos que debieran haber estado en la lista y con quienes debiéramos estar formando, juntos, para que se haga verdadera justicia”, acusa el hombre que, para superar su retiro, se dedica a leer un libro con instrucciones para amaestrar a su perro.

Bajo la óptica del ex comandante del regimiento de Los Ángeles, entre los principales responsables de esta tragedia está Luis Pineda, el teniente coronel que llevaba cuatro años en el regimiento y que, asegura, “le ocultó información” sobre lo ocurría en Antuco. “Él no podrá eludir nunca su conciencia”, dice Mercado, alegando que en el

fallo consta que Pineda tuvo información de la tragedia y esperó tres horas para comunicarla.

“Él manejó información no sólo cuando ya comienza la tragedia, sino que indicativos de que lo que venía era riesgoso y contrario a lo que yo había propuesto. El día 15 de mayo el oficial de inteligencia le dice que viene un frente de mal tiempo y este señor no lo reconoce. Pineda dice que el parte de resolución que el mayor Cereceda había enviado estaba aprobado, en circunstancias de que yo ni siquiera lo había visto”, alega con impotencia, reclamando que pudieron salvarse las vidas de los muchachos si se hubiera entregado la información correcta.

En su favor, Mercado agrega que cuando dispuso que la campaña se realizara en el refugio Mariscal Alcázar, ante las deficiencias sanitarias que presentaba el habitual recinto de entrenamiento en Laguna Verde, “la marcha se podía hacer sobre camino despejado, pero no en las condiciones que se realizó, porque los soldados no tenían instrucción ni el equipamiento para enfrentar una situación de emergencia en montaña, y no era parte del periodo hacer una marcha en terrenos nevados”.

-¿Por qué no estaba usted en Antuco el día de la marcha, si más de 400 efectivos de su regimiento estaban allá?

-Porque el día 17 no estaba previsto que bajaran, porque el teniente Pineda adelantó la bajada, él lo resolvió. Ellos debían bajar el 18 y ese día yo subiría.

-¿Qué impresión tenía del mayor Cereceda? ¿Lo consideraba capaz?

-No tenía ningún mérito para desconfiar de su capacidad, al contrario. A él lo conocí cuando era subteniente, tenía el mejor concepto de él, lo tengo. Él se preocupaba, daba disposiciones, él mandaba su batallón, su señora estaba muy comprometida. Por lo demás, era un especialista en montaña que venía saliendo de la Academia de Guerra.

-¿No fue un riesgo enviar a Antuco, a cargo de todo ese contingente, a un hombre que había llegado apenas hace cinco meses a la zona?

-Bueno, a uno le llega al regimiento lo que le llega, uno tiene que jugar, como se dice vulgarmente, *con los duraznitos que le tocan*. Yo no elegí a Pineda como jefe de plana mayor, él estaba allá, lo que para mí era bueno porque tenía experiencia. Yo tampoco conocía la zona de Los Ángeles, yo había llegado en diciembre, recién me pude reunir con la totalidad de la unidad en el mes de marzo.

El coronel Roberto Mercado toma un poco de aire antes de continuar la conversación. Tras su alegato contra su subalterno, comienza también a expresar fuertes cuestionamientos contra la propia institución. Consultado por el manual de instrucción que la comandancia en jefe recién había entregado al regimiento el 5 de mayo de 2005, cuando la instrucción de los conscriptos había comenzado el 4 de abril, admite que es parte de un error del Ejército. En ese documento se prohibían marchas superiores a cinco kilómetros, por lo que nunca podrían haberse autorizado los 24 kilómetros de Antuco.

Mercado responsabiliza de esto al proceso iniciado por el general Juan Emilio Cheyre, quien prometió que modernizaría el Ejército bajo su mandato. “Si esa modernización pretendes acelerarla para que se produzca el cambio lo más rápido posible, que ha sido la política del comandante en jefe, se producen situaciones como esta. Todos generan disposiciones a raíz de conceptos que emite el comandante en jefe, o porque salió un iluminado que pensó que esto o lo otro, y no se planifica desde los más altos escalones con la previsión y la anticipación suficiente”.

El ex comandante del regimiento incluso se atreve a decir que en el caso Antuco se ha estado tratando de tapar el sol con un dedo. “Hoy día se nos acusa y culpa de haber ido a campaña sabiendo que no teníamos equipamiento; sin embargo, a mí me ordenaron ir a campaña. Todos los años con el mismo equipamiento se hacían las maniobras en Los Barros, el año anterior se habían mojado, no pasó nada y todos saben que se pidió por oficio que mandaran teléfonos satelitales, porque no teníamos comunicación. Nada llegó. Fue tanto que los suboficiales, a instancias mía y del comandante del batallón, se compraron equipos de radio portátiles”.

Por eso, con rabia, Mercado reflexiona: “Si el escalón superior sabía que no teníamos las tenidas apropiadas, que no teníamos telecomunicaciones, que no teníamos el equipamiento mínimo para enfrentar una situación de extrema montaña, y que no teníamos los vehículos suficientes, ¿cómo ese escalón a mí me ordena igualmente realizar el periodo en terreno? Yo le digo al escalón superior que voy a ir a Los Barros porque no puedo ir a otra parte. Y a pesar de ello me dicen que debo ir a la campaña.

Voy a campaña, sucede esta tremenda tragedia y ahora dicen que no, que si no tenía las tenidas no debí haber ido a terreno, sin equipos”.

Mientras observa las medallas y galvanos que guarda de su época de militar, el ex coronel recuerda dolido las palabras de Cheyre acerca del su baja. “Me produjo un tremendo dolor que se dijera que *se ha buscado aquí extirpar un tumor maligno del Ejército*, pero el Ejército no asumió responsabilidades. Recién ahora se están buscando las vías para adquirir equipamiento para el regimiento de Los Ángeles y otras unidades. Pero no es posible que yo tuviera que conseguir medicamentos prestados en el hospital local, a través de una gestión que hizo el jefe de plana mayor, para poder ir a campaña porque la división simplemente no me mandó las remesas del primer trimestre. Entonces, ¿es eso modernización?”, cuestiona.

-¿Le da rabia ver que el Ejército no asume responsabilidades por Antuco?

-No me da rabia, me da pena que finalmente todo quede circunscrito en una burbuja, en la cual aparecen estos tres oficiales faltos de criterio y de capacidad profesional, según lo manifestara el comandante en jefe, y que nadie diga nada. Que todo se oriente a que estos tres desatinados paguen sus culpas, en circunstancias de que en el Regimiento Húsares de Angol, cada vez que había una ceremonia, el comandante me solicitaba visores nocturnos y cascos de guerra. A él le ordenaban mostrar modernización, en una unidad montada, a caballo, para que no se viera que estaba quedando atrás. ¿Es eso modernización, vestir un santo para desvestir a otro? Se habló de que nosotros teníamos 1.010 carpas para frío extremo, y teníamos 22. En el sumario administrativo se me cuestiona que no considerara que una antena del cerro Ceniciento estaba

descompuesta, porque era vital para las comunicaciones entre Los Barros, La Cortina y Los Ángeles. Pero resulta que esa antena no es del Ejército y estaba mala desde el 2001.

-¿Cree que Cheyre debió ser procesado, como pedían los familiares de las víctimas?

-Cuando entré a la Escuela Militar, una de las primeras máximas que me entregaron fue que el comandante es responsable de lo que haga o deje de hacer su unidad. En el minuto en que ocurrió esta tragedia y el comandante en jefe me comunica su resolución de relevarme del mando, tras un diálogo muy emotivo y que no reproduciré por respeto, le solicito mi retiro absoluto de la institución, de inmediato, por diversas razones que circunscribo en el ámbito del honor militar. Me dice que no, que debía seguir adelante, pero seguir para ser procesado, prontuariado, echado del Ejército, detenido y hoy día condenado. Yo asumo desde el primer día mi responsabilidad de mando, yo era el comandante del regimiento y mandaba esa unidad y, por lo tanto, lo que se hiciera o se dejara de hacer era mi responsabilidad. Por eso cuando me comunican mi retiro no solicité reconsideración y no presenté ningún recurso. Yo tengo mi conciencia muy tranquila de haber actuado conforme a los cánones que los militares manejamos.

-¿Espera que el Ejército aprenda lecciones de esta tragedia?

-No espero, el Ejército debe aprender lecciones a partir de esto, porque si no se aprende quiere decir que la soberbia ha primado sobre el sentido común.

-¿Qué le diría a los familiares de los soldados?

-Afortunadamente tuve la posibilidad de encontrarme con la señora Angélica Monares, con su hermana y con la del soldado Renca. Yo no tenía nada que ocultar y me acerqué a ellas. Tuvimos un diálogo muy emotivo y muy sincero. Sé que para ellos no va a existir nunca una reparación justa, creo que la única reparación justa para ellos es que se nos aplicara la pena de muerte, o algo por el estilo, y eso tampoco les va a devolver a sus seres queridos. Entiendo que tengan esta rabia, este dolor, esta necesidad de que se haga justicia y por lo mismo he colaborado desde el primer momento, asumiendo toda mi responsabilidad y también la asumo en lo penal, pero se debe dar a cada cual lo que le corresponde. Eso es lo único que quiero.

Las madres de Antuco

Fue la primera ceremonia que se realizó en mayo de 2006. A un año de la tragedia, el regimiento de Los Ángeles preparó una serie de actividades en honor a los “héroes de la paz”, las que fueron iniciadas el domingo 14 de mayo. Esa fecha era el día de la

madre y los militares acompañaron a las mamás de los 45 soldados a los 16 cementerios que albergan a sus hijos.

La ruta se iniciaba a las 9 de la mañana en Millantú, y seguía por Nacimiento, Cabrero, Santa Fe, Quilleco y Negrete. Al mediodía la ceremonia era en el cementerio general de Los Ángeles, en Santa Bárbara y en el Católico de los Ángeles. Para la tarde fueron programadas las visitas a los campos santos de Huepil, Mulchén, Laja y Trapa-Trapa. Los últimos serían los de Pedregal y Cañete.

Flor Huilipán, la madre del último soldados encontrado, fue al cementerio de Nacimiento a visitar la tumba de Silverio. “Fue como tener dos partos”, dijo, recordando los 49 días que debió esperar por el rescate del cuerpo del muchacho. Junto a Flor estaba Doris, la madre del conscripto Pedro Díaz, quien lloró angustiada ante la tumba. “Mi otro hijo dice que quiere hacer el Servicio Militar y cumplir lo que su hermano no hizo”, explica Doris, preocupada por lo que se viene. No es la única, lo mismo pretende el otro hijo de Flor. De fondo, el trompeta de la banda militar toca una fúnebre melodía.

Corina Llaulén vivió un rito similar, pero en solitario. Su hijo Miguel Piñaleo Llaulén fue el único soldado enterrado en el cementerio mapuche del Alto Bío Bío y lo que ha vivido en el primer año sin el muchacho no ha sido fácil. “Mi hijo se fue, queda un vacío grande, el dolor no termina. A los seis meses de la tragedia a mi marido se le cayó la mitad del cuerpo, está inválido. Y a los dos meses murió mi papá de pena por su nieto. La rabia es grande”.

X. Los celos de la montaña

Jimmy Mellado relata que, tras la tragedia de Antuco, un rumor comenzó a correr en Los Ángeles. “Se decía que la montaña se había puesto celosa, porque era la primera vez que entraban mujeres al Ejército. Como eran 22 conscriptos mujeres, se llevó al doble de soldados”, cuenta el muchacho, que en mayo de 2005 era un integrante más de la Compañía Andina del regimiento local.

Ha pasado un año de la tragedia y Mellado ya no sigue la carrera militar. El muchacho que sobrevivió a la marcha bajo el viento blanco optó por buscar una vida fuera del

Ejército y encontró trabajo en una planta de celulosa. De Antuco sólo ha vuelto a escuchar el nombre, pero, a casi un año de la tragedia, ha aceptado el desafío de volver a cruzar la ruta donde murieron 45 soldados y allí recordar lo que ocurrió en la fatal marcha. El antiguo conscripto recorrerá los 24 kilómetros junto a uno de sus ex compañeros, Paulo Urrea.

Esta vez el informe meteorológico no ha anunciado ningún frente de mal tiempo para el día 16 de mayo de 2006. Los muchachos sólo llevan como protección especial una parka y el transporte que promete trasladarlos no es más que un taxi.

Jimmy y Paulo se suben al auto algo asustados, y no muy convencidos de que ese frágil vehículo pueda llevarlos al lugar. Pero recuerdan los comentarios que les han hecho otros compañeros que sí han logrado subir en vehículos livianos.

El taxista decide encender la radio para calmar los ánimos. En la noticias comentaban los anuncios de la Asociación de Familiares de las Víctimas de Antuco, quienes preparan una vigilia en las afueras del regimiento de Los Ángeles para conmemorar el primer aniversario de la tragedia. También advierten que la noche del 18 de mayo realizarían una multitudinaria velación, e invitaban a todos los chilenos a guardar un minuto de silencio por sus hijos.

Los muchachos escuchan con atención las noticias y Mellado recuerda: “Hace exactamente un año estábamos preparando los fusiles para la revista militar”. Luego se entretienen mirando el paisaje que los recibe en la zona precordillerana. “Te acordái de la subida en el camión, era eterna, tratábamos de echar la talla con el Guillermo Foncea

y el Carlitos”, recuerda Urrea mientras el taxi se adentra en los parajes del Parque Nacional Laguna del Laja, a poco más de una hora de la ciudad. Mellado asiente y confiesa que ya en esos días se preguntaba: “¿Por qué vinimos a hacer la campaña tan lejos?”.

El auto se detiene. Una pequeña cascada asombra a los muchachos y ambos se bajan para tomar fotografías. Aunque el día es gris, el parque muestra sus encantos. Un verde bosque y riachuelos rodean el empedrado camino.

Tras la pausa, el recorrido sigue por sinuosas curvas, que poco a poco dejan ver decenas de andariveles en desuso. No hay una gota de nieve y el centro invernal aún no tiene visitantes.

Mellado se sorprende al ver las casas que rodean el sector. “No me acuerdo de esto, cuando pasamos todo era blanco”, explica, más asombrado aún al ver el majestuoso lago. Un cartel anuncia la llegada al sector de La Cortina, donde se distingue el refugio militar del mismo nombre. Al frente, un puesto de la Corporación Nacional Forestal, Conaf, entrega los servicios básicos. Rodrigo Cifuentes, encargado del recinto, sale de la cabaña y cuenta que día a día observa como llegan los familiares de los muchachos a visitar los lugares en los que cayeron los conscriptos.

“Tenemos dispuestos baños para el público y sistemas de comunicación radial”, explica, y señala que esperan un aumento de visitantes a causa del aniversario. También informa que el parque ha establecido un lugar para que sea construido un

memorial en honor a los soldados, y que tenían la intención de trasladar allí las animitas construidas por los familiares. Éstos, sin embargo, se han negado. Los padres quieren preservar los monumentos que han hecho en el mismo lugar de la muerte de sus hijos, y, por respeto al drama que las familias vivieron, la Conaf prefiere ceder ante las peticiones.

Tras verificar que las condiciones climáticas son estables, los muchachos vuelven a subir al taxi, que no tiene problemas para trasladarse sobre el camino de tierra que, algunos kilómetros más al oriente, también sirve para cruzar hacia Argentina por el paso Pichachén. Sorprendidos, los muchachos observan una roca pintada en la que hay un pequeño altar en homenaje al soldado José Bustamante.

“Si hubiese sabido que le faltaba tan poco”, se lamentan. El muchacho cayó a dos pasos de la puerta del refugio La Cortina. El taxi sigue avanzando sin dificultad. La meta es el refugio Mariscal Alcázar, desde dónde se inició la marcha, para desde ahí reconstruirla en el mismo orden en que los muchachos la vivieron.

Aunque el cielo se ve tranquilo, de la nada comienzan a caer granizos. “Así de impredecible eran esos días”, advierte Mellado, mientras por la ventana ve a una mujer.

Vestida de negro, la señora está hincada en el suelo, ordenando algunas piedras. “Es la mamá del Piñaleo”, explica Jimmy. “Él era buena onda, siempre que pedía un cigarrillo y yo lo molestaba con que él fumaba eucalipto, porque era mapuche. La última vez que hablamos me invitó a comer a su casa”, recuerda, señalando que lo que hace la mujer

corresponde a un rito mapuche, pues la familia del conscripto era de una comunidad indígena del Alto Bío Bío. Adelantándose al aniversario, la madre está ordenando el lugar que el Ejército marcó como el sitio donde apareció el cuerpo de su hijo Miguel.

El recorrido continúa y se divisa el refugio. Según el cartel de Vialidad, la distancia entre La Cortina y Los Barros es de 23 kilómetros. Pero, a unos 800 metros de la construcción, la misión se torna imposible para el pequeño taxi. Un río divide el camino y es necesario un jeep para poder cruzarlo.

Los muchachos se bajan del taxi y un viento helado los recibe. El lugar les trae recuerdos. Es el estero El Volcán, y desde allí puede verse el refugio Mariscal Alcázar y los cerros donde debieron cumplir sus primeros días de entrenamiento.

“De ese cerro nos hicieron bajar en punta y codo”, recuerda Urrea, como si todavía escuchara los gritos de sus instructores. “El día de la madre nos dieron duro, tuvimos que subir y bajar el cerro”, agrega Mellado, quien luego fija sus ojos en el riachuelo. Ese fue el lugar donde un camión quedó atascado un día antes de la tragedia, y donde la mayoría de los soldados se mojaron hasta la cintura al cruzar. Aún así, les hicieron continuar la marcha.

Jimmy y Paulo tocan el agua con las manos y reviven la gélida experiencia. Intentan cruzarlo, pero faltan rocas. Prefiriendo evitar algún riesgo innecesario, desisten y optan por emprender el regreso para contar cómo fueron viviendo la marcha.

Al iniciar el recorrido, por un sendero de piedras rodeado de bastones de coligüe, Mellado se sorprende con la vista. “Yo juraba que íbamos caminando en altura, ¿cómo pudimos recorrer tanto? Pudimos habernos caído”, advierte, al notar cómo la estrecha senda se eleva repentinamente. Fácilmente alguien pudo rodar desde más dos metros de altura si no se hubiesen esmerado en seguir las varas que demarcan el camino y que son capaces de soportar los fuertes vientos cordilleranos.

Los muchachos tampoco recuerdan que el día de la fatal marcha hayan podido divisar el lago, que en esta jornada sí deja apreciar sus increíbles dimensiones. El paisaje resultaría hermoso para cualquiera que no sepa lo que allí vivieron los soldados.

Tras pasar por el sector de las Piedras Contadoras, Urrea recuerda que, para darse ánimo en la interminable caminata bajo el viento blanco, decidió inventarse un incentivo. “Cuando íbamos en la nieve le puse nombre a mis piernas, una era mi mamá y la otra mi abuelita”, cuenta.

De pronto, una bandera chilena y cinco marcas los sorprenden. Es el lugar donde el día de la tragedia se creó el primer refugio en la nieve. Allí murieron cinco soldados. Paulo Urrea recuerda que, al ver cinco fusiles enterrados en la nieve, pensó que se les venía una nueva prueba: “Yo creía que era un simulacro, cuando vi que había soldados en el suelo, en posición de descanso, pensé en eso”.

Los muchachos recuerdan que los metros que siguieron fueron los más difíciles de esa tarde del 18 de mayo. Trataron de caminar juntos y creer en las palabras de sus

superiores. “Decían que faltaba poco, daban ganas de pegarles porque faltaban como cinco kilómetros”, recuerda Jimmy, quien también alega que no todos los oficiales de planta se preocuparon de cuidar a los soldados. “Los montañeses querían salvarse solos, sólo el cabo Riquelme y Cerna se preocuparon de nosotros”, asegura. Por eso insiste que para él, “Antuco no es una tragedia con un solo culpable”.

La marcha continúa y una enorme figura de metal se ve desde la lejanía. Se trata de un soldado de latón, que lleva un fusil en la mano y a su espalda flamea una bandera chilena. También se aprecia una placa con el listado de los fallecidos. Jimmy y Paulo se acercan y ven las pulseras y cartas que el soldado metálico tiene en sus brazos. En el piso hay velas, pilas y monedas, dejadas como una especie de ofrenda. Ellos conocen la historia del gigante hombre de hojalata que lleva un rosario en el pecho.

“Esta estructura la trajeron a escondidas, como a las tres de la mañana, la hicieron como homenaje para todos”, cuenta Paulo, quien se enteró de que un ferretero se encargó del diseño y que, como no contaban con el permiso de la Conaf, decidieron instalarlo en la noche. Nadie se ha atrevido a retirarlo.

El viento se intensifica y el frío cala los huesos. Los muchachos vuelven al taxi y continúan el recorrido. Tras divisar varias animitas, se enfrentan a una casona destartalada. Es el famoso refugio abandonado de la Universidad de Concepción, hasta donde llegaron a guarecerse para pasar la tormenta el mismo día en que perdieron 14 compañeros de la Andina. De allí se habían ido poco antes los conscriptos de la Compañía de Morteros, a quienes se les ordenó continuar sin parar hasta llegar a La

Cortina.

La estructura está bastante a mal traer. El baño del abandonado refugio ya no existe y los muros están rotos. Jimmy explica que ellos mismos arrancaron las maderas de las paredes, para utilizarlas en una fogata que les devolviera el calor. “Cuando las pusimos salió un humo tóxico, por la pintura que tenían”, precisa, alegando que los instructores, que llevaban tenidas Gore-Tex, se hicieron un lugar al lado del fuego antes de que pudieran hacerlo los conscriptos, que ese día sólo usaban un traje de algodón. Por la noche, Jimmy y Paulo durmieron en la abandonada estructura, acurrucados, para no morir congelados.

En esa jornada, los dos conscriptos también compartieron los últimos chocolates y dulces que la madre de Paulo les había enviado. Jimmy todavía recuerda que se congratuló por no haber hecho caso a su superior antes de salir a marchar. “En Los Barros nos ordenaron que nos sacáramos el forro térmico del chaquetón y el chaleco, porque nos iba a dar calor en la marcha. Yo no lo hice, porque hacía mucho frío”, explica.

Metros más allá el camino se llena de rocas volcánicas. Entre ellas destaca una pintada con una bandera chilena. Con letras blancas está escrito: “Curva San Martín”. Jimmy lamenta la muerte de su compañero cuando ya se acercaban al refugio La Cortina y recuerda: “Él era bien místico, conversamos mucho en el fogón. Había decepcionado a su familia y por eso se había metido al Ejército”.

La ruta de 24 kilómetros comienza a terminar y las nubes oscurecen la zona. Por precaución, recordando que el vehículo utilizado para el viaje no es más que un taxi, se da por terminado el recorrido y comienza el retorno a Los Ángeles.

Una gran pregunta queda en el aire. Cuesta comprender cómo lograron sobrevivir estos dos muchachos a una marcha tan peligrosa. Ni Jimmy ni Paulo parecen tener una respuesta. Paulo teoriza que de algo tuvo que servir la preparación que hizo antes de ingresar al regimiento: para entrenarse, salía a correr cuatro kilómetros todos los días. Jimmy cree que pudo influir que él solía hacer largos recorridos en bicicleta. Aún así, recuerdan que entre los fallecidos se encontraban compañeros que habían dado excelentes pruebas de rendimiento físico en la campaña.

Tras dejar el parque, sentados junto a la mesa de un restaurante ubicado en el camino, los ex soldados hacen sus últimas reflexiones. “Vivir lo que pasó en Antuco no se lo doy a nadie, por muy mal que me caiga. Es una experiencia muy fuerte, de la que no todos se logran reponer”, admite Jimmy, quien siente que esta prueba le enseñó que “hay que salir adelante en la vida”.

Paulo también advierte que no es fácil ser un sobreviviente, porque no han sido reconocidos. “No es envidia, pero ¿dónde quedamos los sobrevivientes? Nada se ha escrito. Me gustaría que se reconociera el esfuerzo que se hizo, que nos tomaran en cuenta, que nos identifiquen”, reclama. No lo dice por simple capricho. Tras la tragedia, la prensa se apresuró en calificar a todos los soldados que vivieron la campaña como sobrevivientes, olvidando que el día de la tragedia sólo dos compañías

salieron a marchar, y que en ellas iban 119 conscriptos.

También creen que se ha cometido una equivocación aún peor al llamar “héroes de la paz” a los caídos. Paulo lo advierte, con la aprobación de Jimmy: “En Antuco hubo muertos, hubo sobrevivientes, pero no héroes”.

“La plaza del recuerdo”

En la ciudad de Los Ángeles se tomó una decisión. La tragedia de Antuco no debía ser olvidada fácilmente y para contribuir a su recuerdo alzarían un memorial. Así fue que, en de julio de 2005, el alcalde Joel Rosales anunció la creación de la “Plaza Memorial Héroes de la Paz”.

El edil justificó el proyecto diciendo que “lo ocurrido enluta a nuestra comunidad”, y que la plaza sería “una forma de rendir homenaje, como asimismo, que nos permitirá aprender y no olvidar lo ocurrido”.

La nueva plaza fue diseñada con un semicírculo formado por 45 árboles autóctonos, laderas cubiertas con rocas volcánicas y rodeadas por un manto de flores blancas de la zona.

La primera piedra del proyecto fue colocada el mismo día en que se cumplía el primer aniversario de la tragedia.

Ese día la presidenta Michelle Bachelet llegó a Los Ángeles para acompañar a los familiares de las víctimas. Tras abrazarlos uno a uno, la mandataria anunció que decretaría el 18 de mayo como el día del conscripto.

XI. La historia de Abelino

Ha pasado un año de la tragedia y el sargento segundo Abelino Tolosa continúa trabajando en el Regimiento Reforzado N° 17 “Los Ángeles”. El militar de 39 años, con 19 de carrera en el Ejército, también cumple un año sin hacer declaraciones públicas sobre el caso.

Su versión de lo ocurrido en Antuco sólo la escuchó el juez Juan Arab, quien el 24 de junio decidió acusarlo por el cuasidelito de homicidio de cinco soldados. Se le imputó el haber abandonado a su suerte a los conscriptos que quedaron bajo su cuidado, en el refugio que el sargento había construido en la nieve para afrontar la tormenta.

Sin embargo, el 9 de febrero de 2006, el juez cambió drásticamente su decisión y absolvió de los cargos tanto al sargento como al suboficial Carlos Grandón. Aún así,

Abelino Tolosa no quiso decir palabra alguna al salir de la Corte Marcial. Tampoco lo hizo Grandón, quien siempre sostuvo que él sólo cumplió con la orden de salir a dar la alarma y que no había quedado al mando de la Compañía de Morteros.

Pero a diferencia de Grandón, a un año de la tragedia Tolosa explicó el por qué de su absoluto mutismo. Había tomado una decisión: escribiría un libro con su versión de los hechos y lo publicaría el 19 de mayo de 2006, un día después del primer aniversario de la tragedia. Un plan que, a un día de concretarse, tenía a Tolosa sumamente nervioso. El sargento segundo no pidió ninguna clase de permiso a sus superiores para relatar su participación en la fatal marcha. Tampoco solicitó algún consentimiento para dar esta entrevista. Por ello pide que el encuentro se realice en su hogar, a pocas cuadras del regimiento, en una villa militar.

Ajeno a las miradas de sus pares, Tolosa explica, con el libro en sus manos, que escribir “Antuco, historia de un desastre” tenía un profundo significado para él. “Lo único que quiero con este trabajo es quedar con una tranquilidad que hasta el momento no he podido lograr”, argumenta el uniformado. Sobre todo, dice, porque le preocupa la estigmatización que han vivido sus hijos, quienes debieron ver a su padre en la nómina de acusados por la tragedia.

“La acusación fue terrible y yo quiero que toda la gente sepa que el padre de estos niños es inocente, que actuó de buena fe y que todo lo que afirmé hasta que el fallo me absolvió era absolutamente cierto”, justifica el uniformado, que dedicó su libro a todos aquellos que han sufrido a causa de la tragedia de Antuco.

En su relato, el sargento segundo revive la marcha y también recuerda que su participación en la campaña no estaba contemplada desde un inicio. El año 2005 había sido destinado a tareas de apoyo administrativo, y sólo a última hora se le solicitó que se hiciera cargo de una escuadra de soldados en la Compañía de Plana Mayor y Logística, la que ese año, por primera vez, integraba personal femenino.

De hecho, el libro parte con una fotografía del sargento segundo junto a su equipo. En ella se puede observarse que los faldeos del volcán Antuco estaban absolutamente nevados. La imagen no es la única. Para relatar los días que pasó en la montaña, el militar adjunta una serie de fotografías, que dan cuenta de cómo los soldados debían dormir en carpas que eran aplastadas por la nieve. Otras imágenes son más crudas y muestran a los soldados muertos en la nieve.

Tolosa, en su relato, incluso asegura que ya antes de la marcha tuvieron un caso de hipotermia. Un soldado terminó desmayado tras afrontar los ejercicios militares bajo una fría lluvia.

Al evocar el contexto general del campamento, el sargento segundo se sitúa en la tarde del 17 de mayo de 2005. Recuerda que la tragedia, para él, comenzó en ese momento: mientras estaba evaluando a los soldados en el cerro, un cabo corrió a avisarle que su compañía iniciaría la marcha a pie, repentinamente, a las 15 horas. “Comenzar una marcha a pie, a esa hora del día, contradice todas las normas de seguridad y de doctrina en montaña invernal”, dice Tolosa, como si aún no creyera posible la decisión

que su superior tomara hace un año atrás. Según él, cualquier especialista en montaña sabe lo importante que es marchar temprano para que la sombra de la montaña no alcance a la tropa durante la tarde, cuando se produce un fuerte descenso de la temperatura.

Por eso, al enterarse de la misión, Abelino corrió al cuartel y cuestionó la orden frente a un suboficial especialista en montaña, a quien advirtió sobre el riesgo de que los soldados se perdieran. Su reclamo fue escuchado por el comandante del batallón, Patricio Cereceda, quien lo retó. “¡Oiga sargento, es usted un alarmista, un alarmista! ¡Guarde silencio y retírese!”, fue la frase con que el mayor desechó la advertencia.

Tolosa insiste en que intentó salir tras la columna para acompañar a los soldados de su escuadra, pero que Cereceda se lo impidió y le obligó a marchar al día siguiente. En ese escenario, Abelino elige partir con la Compañía de Morteros, pues consideraba que la hora en que esta iniciaría la marcha, a las cinco de la mañana, era la más adecuada.

También explica que no volvió a cuestionar la marcha, puesto que no oyó malas noticias de las compañías que habían salido la tarde del 17 de mayo y dio por hecho que estas cumplieron con la caminata sin problemas. Su reclamo, pensó entonces, efectivamente había sido exagerado.

Luego recuerda que, en la mañana del 18 de mayo, Cereceda dejó traslucir su preocupación en una charla con el capitán Olivares: “El tiempo se ve un poco malo, pero yo creo que no es para tanto. Cuando lleguen a La Cortina no encontrarán a nadie,

tampoco habrá víveres, pero por lo menos ustedes mismos podrán hacer fuego para secarse. Que tenga suerte. Hasta luego”.

Ya en la marcha, Tolosa sitúa la crisis en la quinta hora de caminata, cuando algunos soldados pierden el ritmo y se presenta el primer caso de hipotermia. Para afrontarlo, el sargento propuso armar un refugio de circunstancias, aplicando sus conocimientos de montaña. Entonces procedieron a construir un foso rectangular en la nieve, que cubrió con ponchos, y que utilizaron para alojar a siete soldados. Entre ellos estaba el conscripto Freddy Pilar, quien acusaba fuertes dolores en sus pies.

El suboficial asegura que ofreció quedarse con los soldados heridos, para que el capitán Olivares pudiera continuara con el resto de la compañía. Allí podría esperar la llegada de la Compañía Andina, que viajaba con más implementos de montaña y que podría socorrerlos. Según los cálculos de Tolosa, este grupo había salido a las 7 de la mañana. Pero las horas pasaron, no hubo noticias de la ayuda y los soldados comenzaron a morir al interior del refugio.

El sargento, tras esperar tres horas sin recibir auxilio, supuso que la Compañía Andina había suspendido la marcha. No tenía una radio para confirmarlo. Así justificó el haber dejado el refugio, no sin prometer a los cinco soldados sobrevivientes que volvería con ayuda. “Después supe que la Compañía Andina se atrasó una hora y que tuvo demoras en cruzar el estero, por eso no llegaron a la hora que estimé”, explica.

Pero Tolosa nunca regresó. En el camino descubrió una hilera de cadáveres y unos pocos instructores exhaustos en el refugio de la Universidad de Concepción. Ningún

otro militar había pensado en construir un refugio para proteger a los soldados.

El sargento optó por continuar su marcha hasta el refugio La Cortina, pensando que allí podría conseguir un vehículo apto para la nieve en el centro de esquí vecino. Pero la temporada aún no se iniciaba y el chofer del vehículo no estaba. En aquel refugio, además, la escena no era alentadora. Cuenta que cuando llegó tuvo que presenciar cómo los enfermeros intentaban resucitar al soldado José Bustamante, quien había caído al suelo justo cuando alcanzaba la puerta del edificio.

Sentado en el living de su casa, arropado por el calor de una estufa a leña y rodeado por las fotos de sus hijos, Tolosa reflexiona sobre la fatal marcha y plantea: “Me ha tocado vivir esta tragedia desde todas las perspectivas; desde el principio, durante la marcha, participar en el rescate y, lo más increíble, siendo procesado y luego absuelto”.

Pese a la acción de la justicia militar, el sargento segundo también fue cuestionado en el sumario interno del Ejército y sometido a 6 días de arresto, con un puntaje negativo de menos dos. Se le acusó de “poca lealtad hacia sus subalternos” por dejar abandonados a los cinco soldados.

En parte por eso fue que prefirió manejar la edición de su testimonio por si mismo. Aún temeroso por las consecuencias que podría acarrearle su libro, Tolosa insiste, sin embargo, en que lo más importante para él es lo que opinen sus hijos. “No quiero que quede en su memoria la percepción de que su papá no fue capaz de demostrar ante la opinión pública su inocencia, no quiero que se avergüencen jamás de que su padre sea

yo”.

“Antuco en un sueño”

*La orden fue marchar esa mañana
Aunque el clima no lo aconsejaba
Con presagio oculto se marcharon
Para cumplir la orden dada
La orden dada, sí.*

*Con cantos de guerra los soldados
En Los Ángeles se internaron
Y un escalofrío que asustaba
Con ellos marchó esa mañana
Esa mañana, sí.*

*Arriba el gran cóndor lo sabía
Que una tormenta se acercaba
Pronto la muerte que traía
Viento blanco que azotaba
Que azotaba, sí.*

*Como si de un cuento se tratara
Los fue envolviendo la montaña
Más cuarenta y cinco no volvieron
Antuco los llevó en un sueño
Y del volcán no volvió
A los brazos de su amor
Y su madre lo esperó
Y de franco no salió
La cordillera lo atrapó

¿Y el mayor dónde está?
No salió de su cuartel
Sus muertos esperan la orden que los haga
volver
Y del volcán no volvió a los brazos de su amor
Y su madre lo espero y de franco no salio*

*La cordillera lo atrapó*⁴

⁴ Canción creada por el grupo Pullay, que fue utilizada durante las velaciones de los familiares de las víctimas.

XII. La lucha de Angélica

El 3 de enero de 2008, la Corte Suprema dio su veredicto final para el denominado caso Antuco. Tras analizar los recursos de casación presentados por los militares condenados, la corte confirmó las sanciones. Ni el intento del teniente coronel Luis Pineda, quien llegó a alegar al Tribunal Constitucional que el delito por el cual lo condenaban no existía, logró modificar las penas.

Pero para Angélica Monares la lucha recién comenzaba, nuevamente. Aunque al principio la familia del único funcionario de planta muerto en la marcha había preferido el silencio y esperar con calma la respuesta del Ejército, Angélica decidió cambiar de estrategia. Estaba decepcionada por lo ocurrido con su hermano Luis, quien había servido durante 24 años en el regimiento, y terminó liderando el reclamo de los familiares del resto de los soldados.

“Como hija de milico, porque mi papá era albañil del Ejército, te digo que la familia militar no existe, son clasistas toda la vida. Queda la pena por las deslealtades, porque a quienes han tenido el valor de decir que lo que pasó fue un crimen vergonzoso, a esas personas se les han frenado sus ascensos”, asegura la mujer de 42 años, que abandonó su trabajo como cajera ocasional en una empresa de televisión por cable y terminó convirtiéndose en la presidenta de la Asociación de Familiares de las Víctimas de Antuco.

Angélica trabaja en una oficina que la Intendencia cedió a la organización para sus reuniones. En la sala contigua lo hace una asistente social, contratada por el gobierno regional, quien se encarga de acoger a los sobrevivientes que requieren ayuda, tratamientos psicológicos o simplemente buscar trabajo. “Siempre llegan muchachos, van cayendo de uno en uno”, cuenta Angélica, quien ve a diario cómo los jóvenes siguen sufriendo por lo que vivieron.

Por eso, en silencio, la hermana del sargento Monares y el resto de las familias de la asociación se reunieron a trabajar en una demanda contra el Estado ante la Corte Interamericana de Derechos Humanos, CIDH, lo que podría permitir un aumento de las condenas.

El organismo internacional les había recomendado esperar a que se concretaran todas las instancias judiciales en Chile antes de estudiar el caso. Tras el fallo de enero de 2008, que ratificó las condenas de primera instancia, las mujeres enviaron la solicitud. Como respuesta recibieron una carta explicándoles que su caso entró en proceso de estudio para ser admitido.

“Lo estamos haciendo de tal forma que le llegue al Estado de Chile un tirón de orejas, un llamado de atención, porque según lo que nosotros hemos encontrado, al menos 11 derechos de nuestros familiares fueron atropellados, como el derecho a la vida, a la seguridad, a la libre elección, el mismo derecho a hacer el Servicio Militar, o el que la institución les hubiese proporcionado los elementos necesarios para salvar con vida”, explica Angélica.

La mujer siente que, pasados tres años de la tragedia, ya puede hablar con más frialdad sobre lo ocurrido. Ha reflexionado, dice, al punto de considerar que este caso incluso afecta a la democracia chilena. “Cuando se vivía en dictadura casi se podía entender que las cosas quedaran tapadas, pero ahora hay tantas cosas que quedaron en el aire y uno no puede creer que en el proceso no le llamaran la atención al juez. No sé si ese tribunal interamericano puede inmiscuirse en la investigación, pero si al menos ordena reabrir el proceso, o llaman a estas personas a declarar, nos sentimos pagados”, plantea Monares, refiriéndose al general Juan Emilio Cheyre y el ministro de Defensa de la época, Jaime Ravinet. Para la asociación, ambos debieron haber respondido por el desastre, pero ninguno de los dos perdió su puesto.

Para justificar el envío de la solicitud a la CIDH, la hermana del sargento cocinero cuenta que analizaron con calma el expediente, junto a otros familiares, proceso en que surgieron una serie de dudas sin resolver. “Por ejemplo, la televisión mostró cómo venían los jóvenes de desabrigados, sin equipamiento de montaña. Sin embargo, los que aparecieron fallecidos sí estaban vestidos con ropa de montaña, eso nos marcó una manipulación de las cosas”, advierte, recordando que el juez a cargo del caso tenía como su superior jerárquico al general Cheyre, y que por eso resultaba imposible que lo citaran a declarar.

También destaca el caso de su propio hermano, y dice que aún no logra tener la certeza de lo que realmente pasó con él en la montaña. “A Luis lo recibimos con zapatillas. Claramente las botas se le destruyeron en el camino, pero eran botas sólo de calle, no de montaña, entonces el juez militar debió preguntarse por qué este militar termina la

caminata con zapatillas. ¿Qué pasó? ¿Por qué no llevaba zapatos de montaña? ¿Por qué los jóvenes no llevaban la ropa e implementos necesarios y las carpas no eran impermeables? Todas esas cosas quedaron ahí, no hubo explicaciones, y es a eso a lo que estamos apelando. Somos uno de los pocos países que tienen dos justicias, una para militares y otra para civiles. Si Chile es un país comprometido con los tratados, no debería tener dos justicias”, reclama.

-¿Qué más les llamó la atención del expediente?

-Hay algo que solamente mandamos al proceso internacional. Hay una foto en que mi hermano aparece en manga de camisa, en una bandeja y con los ojos abiertos. Esa es la primera foto para mí, porque aparece con los ojos abiertos. Después aparece en otra foto, enfocado desde arriba, abrigado, con ropa de montaña, parka de montaña, que él no traía porque se la pasó al soldado sobreviviente Peña, que era un soldado antiguo que se licenciaba el día viernes. Yo me pregunto: ¿En la bandeja abrió los ojos? Por ese tipo de detalles creemos que los cuerpos fueron manipulados. En otra foto aparecen el joven Renca y Pilar con ropa de montaña. ¿Acaso al juez se le pasó esto?

-Al comienzo de la tragedia surgieron varios relatos sobre la muerte de su hermano. ¿Tiene claro qué pasó?

-Un joven que marchó y vino al velorio dijo que mi hermano había llegado al refugio de la Universidad de Concepción y de ahí había salido. Incluso contó que los otros militares le decían: “A dónde vas huevón, si no hay nada que hacer”. Pero dice el conscripto que mi hermano salió porque los muchachos afuera estaban gritando, que algunos llamaban a la mamá, que Luis se estaba sacando la ropa mojada y salió cuando

escuchó a los niños gritar. Eso me hace pensar que él salió en manga de polera, porque a lo mejor pensó que era ahí no más y no se dio cuenta de la distancia y que podía caer congelado. También me hace pensar que él sí andaba en manga de camisa y después lo abrigaron.

-Según el Ejército, el sargento fue encontrado bajo una roca, lejos del refugio.

-Todos los jóvenes están a la orilla del camino y ahí hay una contradicción, porque el Ejército decía que no se podía encontrar a los soldados porque estaban dispersos. El único que conocía el camino como la palma de su mano, con 23 años de servicio, era él, y está puesto como el único que se salió del camino. Eso es insólito, porque él a ese lugar iba tres veces al año, y estaba a 800 metros del refugio de la universidad.

-¿Cree que el lugar que marcó el Ejército no es el lugar donde murió su hermano?

-Creo que no. La semana después que lo sepultamos fuimos a pedir explicaciones al regimiento. El coronel citó a los cinco cabos que iban con él. Estaban los cabos Cerda, Hernández y Muñoz, que después fue trasladado para Coyhaique porque quería hablar. Nos contaron que mi hermano se retrasó en la marcha, porque caminaba hacia delante y luego volvía atrás para tratar de tirar chiquillos a caminar. Por eso se retrasó y cuando pasaron los andinos, cuatro horas después, mi hermano estaba sentado en unas rocas cubriendo con una frazada a un muchacho. En esa situación pasa la columna de la Andina, cuando la dirigía el teniente Zerené. Mi hermano le habló y le pidió que lo esperara.

-¿Le explicaron qué pasó después?

-El capitán Claudio Gutiérrez ordenó armar una carpa un poco mas arriba y se encontraron con el soldado Hernández en el refugio de circunstancias. Un cabo que caminó más allá se percató que estaba el sargento Monares protegiendo al soldado Peña, lo llevan a la carpa y mi hermano se cambia las botas de calle por unas zapatillas que le prestaron. Dicen los cabos que si mi capitán Gutiérrez lo hubiese dejado en la carpa se habría salvado, pero le ordenó continuar la marcha con los cabos. Dicen que la nieve le llegaba más arriba de la rodilla y obviamente las zapatillas se le mojaron. Mi hermano había peleado con el jefe de abastecimiento del regimiento para que le dieran zapatos para montaña, pero no quisieron darle porque él iba en condición de rancharo y no como montañés. Él se fue con ese vale a la cordillera.

-El sumario militar dice que un cabo abandonó a su hermano.

-El cabo Hernández dice que cuando venían en el camino Luis comenzó a sentirse mal, que intentó ayudarlo, pero los otros cabos le dijeron que no se detuviera. Él nos dijo que trató de hacer todo lo posible, pero cuando cayó no había nada que hacer porque los ojos se le iban para atrás. Entonces pensó que iba a morir pronto y lo dejaron ahí. Pero, curiosamente, cuando llevaron al cabo Hernández para preguntarle dónde quedó Monares la última vez, él dice que el lugar donde dicen que lo encontraron no es el lugar donde lo dejaron. Son esas las dos teorías.

-¿Dudan de todos los lugares que fueron marcados por el Ejército en Antuco?

-Resulta que cuando contamos los puntos de donde los encontraron, tenían 47 puntos y eran 45 soldados. Nosotros tenemos la certeza de que mi hermano fue encontrado con

un soldado, pero está solo en el lugar que indicó el Ejército. Nosotros sabemos que fue encontrado abrazado con un soldado, esa fue la versión que nos dieron los soldados que lo encontraron. Otro muchacho nos dijo que vio al sargento caminando con cinco soldados conscriptos. ¿Qué hacía mi hermano con cinco soldados si no era instructor y los cabos marchaban solos? Entonces, obviamente los soldados fueron abandonados a su suerte y eso tampoco lo hizo valer el fiscal militar en el proceso.

-¿Qué responsabilidad tiene Cheyre para ustedes?

-La responsabilidad del dueño de casa. Aquí hubo una chambonada. El regimiento es de montaña, reforzado, nombre que le quedó grande. Llevaban carpas de tela que eran aplastadas por la nieve. Cheyre se retiró con la tarea de haber logrado la modernización del Ejército y yo me pregunto cuál, si nunca antes, con un Ejército antiguo, habían muerto 45 soldados en tiempo de paz. Tendría que haber sido, al menos, investigado, procesado o haberse probado su inocencia. Cereceda fue un gran responsable, pero lo usaron como chivo expiatorio.

Las indemnizaciones

Aunque Angélica Monares es la presidenta de los familiares y su hermano el único soldado de planta muerto en combate, su caso ha sido también el único que quedó excluido del acuerdo que lograron las familias con el Consejo de Defensa del Estado para ser indemnizadas.

“Si nos llegamos a dar cuenta que hay una suerte de persecución, vamos a reclamar. El

Estado nunca ha conversado sobre nuestra petición, ni se ha revisado la carpeta porque el caso de mi hermano era distinto. Él era un hombre de planta, él tenía esposa e hijos, además de padres y hermanos indemnizables”, explica, evaluando en 700 millones de pesos las costas que el Estado debería desembolsar. En todo caso, la mujer precisa que este tema es complejo para los familiares, ya que además de la contradicción que les produce recibir dinero por la muerte de sus seres queridos, las cifras que finalmente llegaron a sus manos distaban bastante de lo que se les había prometido.

“En la demanda se pidieron 100 millones por cada una de las madres y al final quedó en 25, se descontó el 25 por ciento para los abogados y quedó en 18 millones. Los que se beneficiaron de esto fueron los abogados, nosotros no sacamos ni una sentencia digna ni una indemnización, aunque yo digo que todas son indignas”, lamenta.

Su otro desconsuelo tiene que ver con no haber frenado a tiempo una frase que suele acompañar el nombre de los soldados muertos y que ahora la exaspera. “Me da rabia cuando dicen que fue un gesto heroico, no existen héroes contra la naturaleza”, alega.

“Viento Blanco”

En el escenario del Teatro Municipal, 33 hombres vistieron un uniforme gris, emulando la indumentaria del Ejército de Chile. Era el 5 de marzo de 2008 y la ocasión, el preestreno de

“Viento Blanco”, la llamada primera ópera chilena del siglo XXI.

Un grupo de jóvenes artistas menores de 30 años había trabajado inspirado en la tragedia de Antuco. Al teatro no llegó ningún familiar de las víctimas. “No queremos ponernos de ningún lado”, fue la explicación del director de la obra, Sebastián Errázuriz, quien decidió no invitar a los parientes.

La historia que se presentó ocurría en un regimiento donde flameaba una bandera amarilla, azul y blanca. Los protagonistas eran tres conscriptos, quienes se apoyaban y soportaban las extenuantes jornadas de entrenamiento que les asignaba un comandante. En la obra, los soldados celebran como todo un logro el haber subido el volcán Antuco y el superior los felicita por haberse hecho hombres. Luego, otro militar intenta entablar comunicación con el regimiento para preguntar por el informe del tiempo antes de hacer bajar a la tropa. No lo logra y la compañía sale a marchar bajo la nieve. Un soldado se aleja de su fila, sin poder resistir el viento blanco, se para en medio del escenario y el foco de luz que caía sobre él se apaga.

XIII. El último llanto de Sofanor

Han pasado dos años de la tragedia de Antuco y Sofanor Navarrete sigue trabajando en su campo. Está dedicado a sembrar trigo y al menos una vez por semana viaja a Los Ángeles, para cumplir con sus trámites en la ciudad. Tras hacer unas

compras con su familia pasa al mercado local, donde las meseras de un modesto restaurante, que ya lo conocen, le ofrecen de inmediato el menú habitual.

Para Sofanor la vida debió seguir avanzando, pero no ha sido fácil. Menos aún desde que le depositaron en su cuenta la indemnización que le correspondía por la muerte de su sobrino Cristián.

La defensa de los familiares había demandando civilmente al Estado por más de cuatro mil millones de pesos, pero, tras lograr un acuerdo con el Consejo de Defensa del Estado, se pactó un monto a repartir cercano a los mil millones de pesos. El dinero fue distribuido entre padres, algunos abuelos y otros familiares. Muchos de los muchachos no se habían criado con sus progenitores y, en esos casos, se logró que los afectados recibieran alguna compensación aunque no existiera un vínculo sanguíneo.

Pero a Sofanor esta compensación no lo calmó. Dice que intenta mantener el buen ánimo, pero confiesa que el dolor no pasa. “Siempre me dijeron que cuando a uno se le ocurría algo, que lo hiciera, no que lo voy a hacer después, porque uno no sabe si podrá. Eso es lo que más me ha dolido en la vida, porque no lo hice cuando debía”, intenta explicar, antes de revelar que él también siente que cometió un error antes de la muerte de Cristián.

El mismo año de la tragedia, pocas semanas antes de esa marcha trágica, Sofanor le preguntó a Cristian Vallejos si quería llevar su apellido. Él muchacho le contestó que sí. El canoso hombre de campo se quiebra y llora al recordar.

Tras volver a la calma, Sofanor admite que el sufrimiento por la muerte del Munilque no pasa, y que las indemnizaciones que recibió su familia no han hecho más que reabrir la herida. Pero, como es habitual en él, procura sobreponerse y reflexionar sobre lo que le ha tocado vivir.

“Yo converso con mi señora, mi hermana, mis hijos, con amigos y ahora conversando con usted, aquí no hay ninguna cosa que pueda tranquilizar a uno, no hay plata ni nada. Unos creen que con 10 o 20 millones de pesos uno se tranquiliza, pero no. Le voy a ser honesto, a mi me dieron 14 millones por la pérdida de mi hijo, ¿y qué son 14 millones de pesos? Si me hubieran dicho: ‘Don Sofanor, aquí tenemos estos millones y al Cristián, elija usted’. Pero hay gente que no tiene criterio. Si yo hubiese querido tener plata la tengo. Siempre me hago la pregunta: ¿Si Cristián, con su cuarto medio, hubiese trabajado en la pega más baja, ganando 200 mil pesos mensuales, y eso lo multiplico por 12 meses y por 30 años, cuánto hubiese ganado el Cristián? ¿Se da cuenta? Entonces, es cosa de tirar matemáticas no más, un poquito. Con esto me refiero a los comentarios que hace gente de afuera”, explica, refiriéndose a quienes han criticado a los familiares por aceptar las indemnizaciones, o les han sacado en cara las compras que han realizado con los dineros recibidos por la muerte de los muchachos.

“Yo por eso digo, por mucha rabia que tenga, no le deseo a nadie que pase por esto ni por algo similar, porque recién ahí una persona va a entender el dolor que hay cuando se va un ser querido. Porque a mi se me murió mi papá, mi abuela que me crió, un tío, pero los enterré tranquilo. Los lloré un poco, pero nunca había sentido lo que sentí

ahora, ahora ha sido diferente, un dolor muy grande”.

Sofanor todavía recuerda los planes que tenía para el muchacho, y cuánto le había insistido en que quería que fuera bueno en lo que él eligiera. De rencores y rabias, dice que prefiere no saber, y que incluso se preocupó de llamar al instructor de su sobrino para darle ánimo tras la tragedia. “Lo llamaba estando yo deshecho, dolorido por dentro, pero hasta la fecha nunca he tenido rencor con ellos ¿Para qué? Si la orden fue dada, se siguió cumpliendo, el tiempo les jugó una mala pasada, qué más hacerle, qué más hacerle”, musita.

El viejo hombre de campo nuevamente intenta tragar su pena, busca una lección de lo que le ha tocado vivir sin guardar resentimientos. “Es que desde que comenzó esta tragedia pensé, ¿cuándo iban a querer que murieran los 45 soldados? Pero ahí pienso, por otro lado, aunque no con rabia, que podían haber evitado en parte la tragedia, porque cuando se les murieron los dos primeros mocosos, cuando llevaban como ocho kilómetros, ahí debieron haber detenido la marcha y haberse vuelto para atrás. Ahí tenía que haber reaccionado el personal, decir que tenían dos conscriptos muertos y ahí tenían para justificar que la marcha no la podían continuar, ahí creo que fue el error más grave que se cometió. Pero mire, yo pienso así: la tragedia pasó, los niños están fallecidos, hemos cuarenta y tantas familias sufriendo y vamos a sufrir por el resto de la vida. ¿Para qué vamos a sumar más familias? Póngase usted en el lugar de una esposa de un oficial”.

El duelo del padre

Carolina Renca cuenta que su hermano Julio era el regalón de la casa, la guagua de sus papás. Por eso, la mañana del 18 de mayo de 2005 sus padres fueron al regimiento a pedir noticias del muchacho. Allí les aseguraron que estaba bien. La familia de Julio volvió a casa tranquila, porque sabían que él estaba contento en el Ejército. Aunque no tenía ganas de hacer el Servicio Militar, porque quería dedicarse a ser mecánico, se conformó por que había quedado en la Compañía Andina y podría aprender a esquiar. Lo único que preocupaba a sus

padres, recuerda Carolina, es “que estaba muy flaco”.

La muchacha recuerda cómo, tres días después de la desaparición de su hermano, el general Cheyre les dio la peor noticia de sus vidas. “¿Quieren saber si todos están muertos? Todos están muertos”, les aseguró. “Lo que a mí me marcó de la muerte de mi hermano fue haber visto llorar a mi papá, nunca lo había visto llorar en mi vida”, recuerda Carolina, oriunda de la localidad de Santa Bárbara, a 42 kilómetros de Los Ángeles.

“Creo que ahora es tiempo de recordar y estamos tratando de que a los chiquillos los recuerden en los regimientos, que quede la costumbre de recordar la tragedia. A lo mejor en veinte años nosotros no vamos a estar y queremos que en treinta años se recuerde”, reflexiona la joven el día de esta entrevista, el 19 de marzo de 2008.

Su padre no pensaba igual. Cinco días después de esta conversación, y luego de tres años de dolor y depresión, Luis Alfonso Renca decidió ahorcarse. El cuerpo del hombre de 47 años fue encontrado en un camino rural, pendiendo de un árbol.

XIV. Las lecciones de Antuco

Poco a poco, el extenso Parque Nacional Laguna del Laja se fue poblando de flores plásticas, cruces, pilas y fósforos. Esos son los objetos que abundan en torno a las 45 pequeñas placas blancas que instaló el Ejército a lo largo de los 24 kilómetros del recorrido, y que consignan los nombres de los soldados muertos aquel 18 de mayo de 2005. Alrededor de estos pequeños monumentos también se pueden encontrar cartas enviadas a los muchachos, junto a velas sin encender que parecen prometerles que no volverán a sentir el frío que terminó congelándolos.

El refugio de la Universidad de Concepción se ha convertido en un montón de ruinas. Apenas queda en pie su estructura de piedra, y los rayados contra el mayor Patricio

Cereceda tapizan los muros.

En las afueras del refugio Mariscal Alcázar están estacionados media docena de grandes camiones del Ejército, y una larga fila de soldados desciende desde un cerro contiguo. Acaba de terminar el verano y los conscriptos de ese año no han comenzado aún su Servicio Militar, pero los soldados de planta sí han venido para conocer bien los faldeos del volcán Antuco.

En la parte trasera del refugio, llama la atención un camión con una voluminosa estructura en el techo. Se trata de una especie de central de radio, que evita los antiguos problemas de comunicación entre el regimiento y Los Barros.

Lo único que parece seguir igual en la zona es la entrada del refugio Mariscal Alcázar, una construcción de piedra, con techo de madera, pintada de rojo y blanco. Ahí, sobre la puerta de ingreso, aún se puede leer el lema: “En este lugar se entrenan los mejores montañeses del Ejército de Chile”.

Lista de soldados muertos en Antuco:

1. *Víctor Manuel Aqueveque Erices*
2. *Silverio Amador Avendaño Huilipán*
3. *Jaime Alejandro Bizama Palma*
4. *Francisco José Luis Burgos Burgos*
5. *José Humberto Bustamante Ortiz*
6. *Jonathan Ezequiel Bustos Bastías*
7. *David Alejandro Carrasco Yáñez*
8. *Rolando Hernán Castillo Ruiz*
9. *Juan Carlos Castro Balboa*
10. *Cristián Javier Chávez Varela*
11. *Oswaldo Alexis Contreras Hidalgo*
12. *Roberto Antonio Contreras Mellado*
13. *Pedro de Dios Díaz Cerna*
14. *Esteban Andrés Díaz Valderrama*
15. *Ronaldo Escobar Contreras*
16. *Guillermo Gabriel Foncea Sandoval*
17. *Luciano Andrés Fuentes Leiva*
18. *Guillermo Carmen Gacitúa Quijada*
19. *Lizardo Antonio Garcés Jorquera*
20. *Milton Alejandro González Castillo*
21. *Cristián Esteban Herrera Henríquez*
22. *Arnaldo Isaac Jorquera Jara*

23. *Daniel Benjamín Mardones Cuevas*
24. *Cristian Marcelo Mendoza Concha*
25. *Luis Reimundo Monares Castillo*
26. *Freddy Alejandro Montoya Fica*
27. *Francisco Javier Montoya Montoya*
28. *Hugo Javier Muñoz Cifuentes*
29. *José Alfonso Ortega Astudillo*
30. *Christopher Andrés Pérez Sánchez*
31. *Freddy Patricio Pilar Parada*
32. *Miguel Aurelio Piñaleo Llaulén*
33. *Carlos Patricio Quezada Véjar*
34. *Juan Alfonso Ramírez Jara*
35. *Julio César Renca Navarrete*
36. *Rubén Esteban Reyes Urra*
37. *Ángel Mauricio Saavedra Troncoso*
38. *José Francisco San Martín Villalobos*
39. *Enzo Moisés Sánchez González*
40. *Ricardo Alexis Seguel Herrera*
41. *Edgardo Alexis Sobrazo Cruces*
42. *Juan David Valenzuela Riquelme*
43. *Ignacio Antonio Vallejos Henríquez*
44. *Cristián Alejandro Vallejos Vallejos*
45. *Juan Alexis Zambrano Cárdenas*

Fuentes de la investigación

b) Entrevistas realizadas:

Capítulo I

- Entrevista con Sofanor Navarrete, tío del conscripto Cristián Vallejos. Munilque, Octava Región, 22 de mayo de 2005.
- Entrevista con Julia Urquieta, abogada. Santiago, 21 de mayo de 2005.

Capítulo II

- Entrevista con el coronel Sergio Cea, fiscal general del Ministerio Público Militar. Los Ángeles, mayo de 2005.
- Entrevista con el mayor Guillermo Gabler, siquiatra del Hospital Militar. Santiago, junio de 2005.
- Entrevista telefónica con Lorena Cornejo, esposa del mayor Patricio Cereceda. Santiago, 28 de mayo de 2005.
- Entrevista con Sergio Moncada, autor del poema “Precaución no es cobardía”. Los Ángeles, mayo de 2005.

Capítulo IV

- Entrevista telefónica con el capitán de navío Fernando Mingram, jefe del Servicio de Relaciones Públicas de la Armada. Santiago, julio de 2006.
- Entrevista telefónica con Héctor González, tío del conscripto Enzo Sánchez. Santiago, julio de 2006.

Capítulo V

- Entrevista telefónica con Sandra Avendaño, hermana del conscripto Silverio Avendaño. Santiago, junio de 2005.
- Entrevista telefónica con Flor Huilipán, madre del conscripto Silverio Avendaño. Santiago, julio de 2005.
- Entrevista con el general Juan Emilio Cheyre, comandante en jefe del Ejército. Santiago, julio de 2005.

- Entrevista telefónica con Sergio Olmedo, monje franciscano del Santuario del Santo Sepulcro de Jerusalén. Santiago, julio de 2005.

Capítulo VI

- Entrevista telefónica con los cabos Cristián Lagos y Osvaldo Villegas. Santiago, noviembre de 2005.

Capítulo VII

- Entrevista con Sofanor Navarrete, tío del conscripto Cristián Vallejos. Santiago, febrero de 2006.
- Entrevista con Esteban Díaz, padre del conscripto del mismo nombre. Santiago, febrero de 2006.
- Entrevista con el juez Juan Arab, ministro en visita del caso Antuco. Santiago, febrero de 2006.
- Entrevista con el mayor de Ejército Patricio Cereceda. Santiago, febrero de 2006.
- Entrevista con Lorena Cornejo, esposa del mayor Patricio Cereceda. Santiago, febrero de 2006.
- Entrevista a Margarita Herrera, madre del conscripto Ricardo Seguel. Santiago, febrero de 2006.
- Entrevista a Paulina Seguel, hermana del conscripto Ricardo Seguel. Santiago, febrero de 2006.
- Entrevista a Roxana Vargas, viuda del sargento segundo Luis Monares. Santiago, febrero de 2006.
- Entrevista a Angélica Monares, hermana del sargento segundo Luis Monares. Santiago, noviembre de 2005.

Capítulo VIII

- Entrevista con el director teatral Vicente Ruiz. Santiago, 2006.

Capítulo IX

- Entrevista con el ex coronel de Ejército Roberto Mercado. Santiago, febrero de 2006.

- Entrevista con Flor Huilipán, madre del concripto Silverio Avendaño. Nacimiento, mayo de 2006.
- Entrevista a Corina Llaulén, madre del concripto Miguel Piñaleo. Alto Bío Bío, mayo de 2006.
- Entrevista a Doris Cerna, madre del concripto Pedro de Dios Díaz. Nacimiento, mayo de 2006.

Capítulo X

- Entrevista con el ex soldado concripto Jimmy Mellado. Antuco, mayo de 2006.
- Entrevista con el ex soldado concripto Paulo Urrea. Antuco, mayo de 2006.

Capítulo XI

- Entrevista con el sargento segundo Abelino Tolosa. Los Ángeles, mayo de 2006.

Capítulo XII

- Entrevista con Angélica Monares, hermana del sargento segundo Luis Monares. Santiago. Los Ángeles, marzo de 2008.
- Entrevista con Sebastián Errázuriz, director de la ópera “Viento blanco”. Santiago, marzo de 2008.

Capítulo XIII

- Entrevista con Sofanor Navarrete, tío del concripto Cristián Vallejos. Los Ángeles, marzo de 2008.
- Entrevista a Carolina Renca, hermana del concripto Julio César Renca. Los Ángeles, marzo de 2008.

c) Fuentes documentales:

Documentos

- Comunicado oficial del Ejército respecto de la situación en Antuco, entregado en Santiago a las 18:00 horas del miércoles 18 de mayo de 2005.
- Informe de Situación oficial de soldados conscriptos fallecidos. Comunicado del Regimiento Reforzado N° 17, entregado en Los Ángeles el 28 de mayo de 2005.
- Criptograma de la campaña a Antuco.
- Fax llegado al Regimiento Reforzado N° 17 “Los Ángeles”, con la letra del himno “Héroes de Antuco”.
- Comunicado de prensa del Hospital Militar sobre estado de salud del mayor Patricio Cereceda Truán. Santiago, 31 de mayo de 2005.
- Comunicado de prensa del Hospital Militar sobre estado de salud del mayor Patricio Cereceda Truán. Santiago, 7 de mayo de 2005.
- Correo electrónico del fraile Sergio Olmedo, recibido por el comandante en jefe del Ejército el miércoles 25 de mayo de 2005.
- Dictamen fiscal de la investigación sumaria administrativa del Ejército. Santiago, 20 de junio de 2005.
- Auto de procesamiento dictado por el ministro en visita extraordinario Juan Arab Nessrallah. Santiago, 24 de junio de 2005.
- Proyecto Plaza Memorial Héroes de la Paz, presentado a la prensa por la Municipalidad de Los Ángeles en julio de 2005.
- Resolución de la Corte Marcial que confirma procesamientos dictados por el ministro en visita extraordinario Juan Arab Nessrallah. Santiago, 13 de julio de 2005.
- Resolución de la Corte Marcial que niega libertad condicional al mayor Patricio Cereceda por considerarlo un peligro para la sociedad. Fojas 2.464. Santiago, 3 de agosto de 2005.
- Fallo condenatorio por la causa rol N° 310-2005 del Tercer Juzgado Militar de Valdivia. Santiago, 8 de febrero de 2006.
- Expediente de la causa rol N° 310-2005 del Tercer Juzgado Militar de Valdivia.

- Resolución del comandante en jefe del Ejército respecto de la investigación sumaria administrativa. Santiago, 11 de noviembre de 2005.
- Sentencia en causa rol N° 310-2005 de la Corte Suprema. Santiago, 3 de enero de 2008.

Libros

- Tolosa, Abelino. Antuco, historia de un desastre. Santiago, Editorial Universitaria. Primera edición, 2006.
- Guía Turistel. Ediciones Guías & Rutas, Chile. Vigésimo tercera edición, 2008.

d) Diarios y revistas

- “Mortal tormenta deja 5 soldados muertos y 26 desaparecidos”. Diario Las Últimas Noticias. Chile. Pág. 2. 19 de mayo de 2005.
- “El viento nos tiraba al suelo y quedábamos enterrados en la nieve”. Diario Las Últimas Noticias. Chile. Pág. 4. 20 de mayo de 2005.
- “El día más doloroso de Cheyre”. Diario El Mercurio. Chile. Pág. C9. 21 de mayo de 2005.
- “Personal de la Infantería de Marina apoya labores de rescate en el sector de Antuco”. www.armada.cl, 21 de mayo de 2005.
- “Cadáveres encontrados llegaron a 21 y mal tiempo complica búsqueda” Diario La Tercera, Chile. Pág. 16. 22 de mayo de 2005.
- “La dolorosa historia de los gemelos Reyes, separados por la tragedia”. Diario Las Últimas Noticias. Chile. Pág. 2. 23 de mayo de 2005.
- “Sargento Monares murió abrazado a conscripto que intentaba salvar”. Diario La Cuarta, Chile. 24 de mayo de 2005.
- “Historia íntima de la tragedia”. Revista Sábado, diario El Mercurio. Chile. Pág. 20. 28 de mayo de 2005.

- “Está destrozado, cada conscripto era como un hijo para él”. Diario Las Últimas Noticias. Chile. Pág. 2. 29 de mayo de 2005. Redactado por la autora.
- “Vi que varios caían y después no supe más”. Diario Las Últimas Noticias. Chile. Cuerpo de reportajes. 29 de mayo de 2005.
- “Nadie está preparado para soportar una tragedia como la de Antuco”. Entrevista con el siquiatra Guillermo Gabler. Diario Las Últimas Noticias. Chile. Pág. 3. 1 de junio de 2005. Redactado por la autora.
- “Los ángeles de la tragedia de Antuco”. Revista Mujer, diario La Tercera. Chile. Pág. 44. 12 de junio de 2005.
- “Cereceda entrega su versión de Antuco”. Diario La Tercera. Chile. Pág. 18. 19 de junio de 2005.
- “Indignación de familiares de soldados muertos en Antuco: se están burlando de nosotros”. Diario Las Últimas Noticias. Pág. 6. 26 de junio de 2005.
- “La científica que reveló el mapa de la muerte en Antuco”. Revista Mujer, diario La Tercera. Pág. 22. 3 de julio de 2005.
- “Flor Huilipán: ‘Es duro, pero lo aceptamos, porque estábamos preparados’”. Diario Las Últimas Noticias. Pág. 2. 7 de julio de 2005. Redactado por la autora.
- “Antuco: internan a sobreviviente de marcha que amenazó con suicidarse”. Diario La Tercera. Chile. 27 de julio de 2005.
- “Sólo el mayor Cereceda quedó detenido”. Diario Las Últimas Noticias. Chile. Pág. 4. 29 de julio de 2005. Redactado por la autora.
- “Corte Marcial confirma por unanimidad procesamiento del mayor Cereceda”. Diario Las Últimas Noticias. Pág. 3. 14 de julio de 2005. Redactado por la autora.
- “Socorrista sustrajo fusil a víctima de Antuco”. Diario Las Últimas Noticias. Chile. Pág. 3. 27 de julio de 2005. Redactado por la autora.
- “Juez Arab concede libertad a mayor Cereceda”. Diario Siete. Chile. Pág. 8. 23 de agosto de 2005.
- “Es hospitalizado otro conscripto de Antuco”. Diario El Mercurio. Chile. Pág. 14. 24 de septiembre de 2005.
- “Antuco: las imágenes desconocidas de la tragedia”. Diario La Tercera. Pág. 16. Chile. 9 de octubre de 2005.

- “Las revelaciones del expediente secreto de Antuco”. Revista Qué Pasa, Chile. Número 1805. 12 de noviembre de 2005.
- “Familiares de soldados muertos en Antuco construyeron animitas en sitio de la tragedia”. Diario Las Últimas Noticias. Chile. Pág. 2. 13 de noviembre de 2005.
- “Estamos tranquilos, hicimos lo que pudimos”. Entrevista con los cabos Cristian Lagos y Osvaldo Contreras. Diario Las Últimas Noticias. Pág. 3. 16 de noviembre de 2005. Redactado por la autora.
- “Mayor Cereceda escribe a familiares de mártires”. Diario La Tribuna. Los Ángeles. 22 de diciembre de 2005.
- “Entre gritos de asesino, Cereceda fue condenado a cinco años de cárcel”. Diario Las Últimas Noticias. Chile. Pág. 2. 10 de febrero de 2006. Redactado por la autora.
- “¿Será necesario esto para hacerse hombre?”. Diario Las Últimas Noticias. Chile. Pág. 3. 10 de febrero de 2006.
- “Las personas humildes no tenemos justicia”. Diario Las Últimas Noticias. Chile. Pág. 3. 10 de febrero de 2006.
- “Fallo del caso Antuco revela que conscriptos estaban enfermos”. Diario Las Últimas Noticias. Chile. Pág. 4. 11 de febrero de 2006. Redactado por la autora.
- “El Ejército no asumió responsabilidades por la tragedia de Antuco”, Entrevista a ex coronel Roberto Mercado. Diario Las Últimas Noticias. Chile. Pág. 2. 12 de febrero de 2006. Redactado por la autora.
- “Antuco: familiares demandan al Estado por \$5.100 millones”. Diario La Tercera. Chile. Pág. 24. 25 de marzo de 2006.
- “Presentan demanda por caso Antuco”. Diario La Tercera. Chile. Pág. 19. 11 de abril de 2006.
- “Ejército suspende instrucción de soldados de Antuco por mal tiempo”. Diario La Tercera. Chile. Pág. 33. 22 de abril de 2006.
- “El Día de la Madre más triste de todo Chile se vivió en Antuco”. Diario Las Últimas Noticias. Pág. 14. 15 de mayo de 2006. Redactado por la autora.
- “En Antuco hubo muertos, sobrevivientes, pero no héroes”. Entrevista con los ex conscriptos Jimmy Mellado y Paulo Urrea. Diario Las Últimas Noticias. Chile. Pág. 2. 17 de mayo de 2006. Redactado por la autora.

- “Antuco: un año después”. Diario La Tribuna, Chile, edición especial. 18 de mayo de 2006.
- “Comienzan apelaciones por el caso Antuco”. Diario La Tercera. Chile. Pág. 22. 7 de junio de 2006.
- “Caso Antuco: Rechazan recurso presentado por ex coronel Pineda”. Diario La Tercera. Chile. Pág. 46. 11 de noviembre de 2006.
- “TC ratifica delito que pesa sobre militares”. Diario El Mercurio. Chile. Pág. C16. 11 de noviembre de 2006.
- “Caso Antuco: querellante pide anular sentencia”. Diario La Tercera. Chile. Pág. 40. 8 de diciembre de 2006.
- “El último drama de Antuco”. Revista Sábado, diario El Mercurio. Chile. Pág. 22. 19 de abril de 2008.

Otras fuentes

- Página web de la Dirección General de Movilización Nacional, www.dgmn.cl
- Especial sobre la tragedia de Antuco en www.emol.com.
- Página web de la empresa textil Gore-Tex, www.gore-tex.es.
- Página web del Ejército de Chile, www.ejercito.cl.
- Página de la Real Academia de la Lengua, www.rae.es.